

Hoy no sucede así; el movimiento en toda la población, y sobre todo en aquella parte, es infinitamente mayor que lo era en la época á que nos referimos.

Sería el anochecer del día mismo en que se había verificado la escena del número 2 de la cárcel de la inspección, cuando un joven elegante, de finos modales y despreocupado sin duda, á juzgar por las maneras con que se expresaba, hablaba resueltamente con uno de los marineros, dueño de un pequeño batel que al pié del muelle estaba atracado tranquilamente.

Hé aquí la conversacion que sostenian:

—¿Alquila Vd. el batel?

—Bay, jauna.

—No comprendo qué es lo que quiere Vd. decir.

—¡Vamos! Por lo que veo no es Vd. de los nuestros.

—No entiendo el vascuence; tenga Vd. la bondad de hablarme en castellano, y así nos entenderemos más pronto.

—Bueno; ¿con que Vd. quiere alquilar el batel? ¿Para dónde? ¿Es sin duda para Portugalete?

—No, para un poco más allá...

—¿Para un poco más allá...?

—Sí.

—No comprendo; ¿Vd. quiere atravesar la barra?

—Sí; de eso precisamente se trata.

—¡Ah! bueno, bueno, entonces ya comprendo para qué quiere Vd. una lancha tan grande, porque siendo para Vd. solo y no teniendo que pasar la barra podía Vd. ir en cualquiera de estos botecillos; precisamente la ría no ofrece peligro alguno; está lisa como la palma de la mano; en uno de esos botecillos yo le llevaria á Portugalete; yo solo, y volveria-

mos á la hora que Vd. quisiera. Aunque le diré á Vd.; por más que á mí me tendria cuenta el llevarle á Vd., puesto que algo me ganaria, debo decirle que en mi opinion no le conviene hacer ese viaje embarcado; pues qué ¿no sale cada hora del Arenal un coche que vá á las Arenas? Debe Vd. tomar un asiento en él, y le saldrá más barato y hasta llegará más pronto. Luego, una vez en la costa, iria Vd. con más facilidad al punto que quisiera.

—Conozco todos los medios que hay de viajar por todo este país, pero tengo empeño en ir embarcado.

—En ese caso necesitaria llamar por lo menos á dos ó tres compañeros, que aunque la barra no está estos días mala, sin embargo, preciso es no ir desprevenido. Pero, francamente, no comprendo su capricho de Vd.

—Pues sí, le tengo. ¿Alquila Vd., si ó no, su batel?

—Sí señor, ¿á qué estamos? A ganar lo que se pueda, y á trabajar; lo que es por miedo no crea Vd. que lo dejamos; al contrario, á mí me gusta vérmelas con el mar.

—Bueno; y ¿cuánto quiere Vd. por el batel? ¡Abreviemos!

—¡Segun! Tiene Vd. que decirme cuánto tiempo vamos á estar fuera, si va á ser solo la ida lo que Vd. va á pagar, ó la ida y la vuelta; en fin... detalles.

—Pues bien, yo quiero salir esta misma noche para Castro-Urdiales; ¿conoce Vd. ese puerto?

—¡Vaya si le conozco! Los marineros de Castro son los que ganan todas las regatas que por estas costas tienen lugar. Son unos remeros terribles; creo que en toda Cantábría no haya quien pueda competir con ellos.

—Pues precisamente á ese puerto es al que quiero ir; ¿cuánto tardariamos saliendo ahora mismo?

—¿Ahora mismo? ¡Ah! Eso no es posible; antes de marchar he de hacer algunos encargos, porque es mucho el tiempo que hay que estar fuera, por ligero que se ande, y además hay que echar una vela á bordo; para salir al mar preciso es llevar lienzo, aunque no sea más que de respeto; he de traer remos y avisar á los que me acompañen; así, que es imposible salir en este mismo instante.

—Bueno, en este momento no; á mí tampoco me conviene; yo quiero salir con la noche; y ahora que trato este asunto, quisiera no embarcarme aquí, sino más adelante.

—Eso es lo mismo; donde Vd. quiera embarcará; por ejemplo, en el camino de Olaveaga; comprendo, lo que Vd. quiere es que no se aperciba alguno de su salida; allí nadie absolutamente se apercibirá.

—Me ha entendido Vd.; procure guardar silencio.

—Así lo haré; sus razones tendrá Vd. para hacer eso; eso allá Vd. se las haya; yo no me meto en lo que hacen otros; si Vd. es un ángel ó un demonio, eso no es cuenta mia; con ponerme á su disposición no hago más que cumplir con mi deber y practicar mi oficio; con que en cuanto á eso nada más hay que hablar.

—Para acabar de una vez: ¿á qué hora saldremos?

—¿Qué hora será en este momento?

—Acaban de dar las siete y media en San Nicolás.

—Pues entonces, á las ocho y cuarto ú ocho y media en el camino de Olaveaga. Esperaré á Vd. en la segunda ó en la tercera escala.

—¡Bien! Me fijaré y procuraré hacerlo así; pero ¿y cuánto es la embarcación? ¡Sepámoslo!

—¿Y vamos á regresar esta misma noche?

—Si hay tiempo, sí. ¿A qué hora llegaremos á Castro saliendo de Olaveaga á las ocho y cuarto ú ocho y media y cogiendo en cuanto asomemos por el mar un poco de viento?

—Si no hay contratiempo ninguno, llegaremos entre once y media y doce. ¿Cuánto tiempo es el que Vd. tiene que detenerse allí?

—Me gusta la hora de la llegada; me detendré dos ó tres horas; el caso es salir antes de que amanezca.

—Está bien; le advierto que no es muy conveniente pasar la barra de noche; yo por mí, no vaya Vd. á creer que tengo ningun miedo; lo ago por Vd. nada más, aunque á la verdad, el mar tengo entendido que está hoy muy bueno.

—No importa; no quiero salir de día.

—Nada, pues saldrá de noche; eso á gusto de Vd., que es el que paga.

—¿Y cuánto debo darle? Sepamos por fin.

—Pues me dará Vd., llevando conmigo tres hombres, y trayendo una vela, y pasando la barra de noche, y procurando llegar á Castro antes de las doce, aunque no haga viento... ¡Va Vd. á decir que es mucho, pero ya le he advertido que ir embarcado no le tendrá ninguna cuenta! Mejor le era ir á Castro en la diligencia; creo que hay alguna que sale de noche.

—Le he dicho á Vd. que tengo empeño en ir embarcado.

—Pero á Vd. va á parecerle caro lo que yo le pida.

—Hable Vd. de una vez; haga el favor de no ser pesado; ¿alquila Vd., sí ó no, su batel?

—Sí... Pero si el caso es ir solo, ¿no es mejor un caballo? En un caballo va Vd. y viene como una exhalación, sin que nadie se aperciba.

—Vd. no tiene muchas ganas de pasar la barra esta noche.

—Nada, nada, pues va Vd. á darme seis duros por la ida y la vuelta, ¡y es bien poco!

—No me parece muy barato.

—Pero tampoco es caro.

—¡Puesto que Vd. lo dice...!

—Vamos, ¿conviene el precio?

—Corriente; pues al entrar en el barco le entregaré los seis duros, ó ahora si Vd. quiere.

—No; no corre tanta prisa, no es puñalada de pícaro.

—Yo cumplo con mi obligacion, que es el pagarle la cantidad convenida; ¡á ver si Vd. cumple con la suya de estar en Castro-Urdiales antes de media noche!

—Si el mar no está picado, pues hay ciertas cosas que pasan sin que puedan prevenirse; ahora tampoco respondo yo de que no venga una tormenta y en lugar de ir á Castro vayamos al otro mundo; ya ve Vd. que á mí me haría también maldita la gracia hacer un viaje más largo que el que pensamos...

—¡Ya...! Pero qué, ¿Vd. teme que el tiempo varíe de pronto?

—No, en cuanto á eso no tengo absolutamente ningun temor; es el más á propósito que hay para hacer la excursion que Vd. proyecta; sopla un vientecillo, pero muy flojo, del Nordeste, que es el que sostiene el tiempo en calma; con el Nordeste pasa una cosa; Vd. verá olas en cuanto entremos en el mar, pero son olas de primera intencion; es cuando más confianza tienen los navegantes; no importa que sean muy altas; algo peores son las olas del Sudeste y las del ven-

daval, aunque vagan más recogidas. Por ahora no ocurre ningun cuidado; me iria yo solo tranquilamente de aquí á Castro-Urdiales en mi batel...

—¿De modo que quedamos convenidos?

—Por mi parte, convenidos; ahora mismo voy á hacer los avíos y á avisar á la gente, y en seguida echamos á andar; no crea Vd. que sobraré mucho tiempo, aunque no perdamos un minuto; Vd. no nos haga esperar; siempre seremos nosotros los que aguardemos; de todos modos, en la tercera escala del camino de Olaveaga; ¿está entendido?

—Allí prometo estar de ocho y cuarto á ocho y media... ¡Ah! una cosa, aunque á la verdad tiempo hay de decirlo.

—Díga melc, por eso nada se pierde; ¿qué es lo...?

—Que no quisiera que entráramos en el puerto; conozco un sitio donde podremos atracar divinamente, que es el que á mí me conviene más, porque ya le he dicho que lo que á todo trance necesito es el misterio, y que si vamos y volvemos felizmente sin que se aperciba de ello ninguno, yo le daré á Vd. una buena propina.

—Yo, en dándome lo convenido quedo contento; á los de esta tierra nos gusta que nos valga lo que trabajamos, eso sí; esa es la vida, no hay otro remedio; pero no crea usted que somos muy aficionados á propinas; de todas maneras cumplimos con nuestra obligacion. Es el vizcaino seco, adusto, tal vez brusco, en demasía, pero en cuanto á honradez y palabra quiere ser siempre el primero.

—Así me gustan los hombres.

—No se le olvide á Vd. la escala. La tercera...

—Entre ocho y cuarto y ocho y media.

.

En efecto, un hora despues de haber tenido lugar este diálogo, el batel se deslizaba silencioso por las tranquilas aguas del Nervion, con las que se mezclaban ya las brumas de la noche.

Iba atravesando por entre una calle de barcos de diferentes bordos y diferentes aparejos.

Por un lado y otro iban quedando atrás vapores, fragatas, corbetas, lugres, bergantines, bergantines-goletas, queches y multitud de embarcaciones de esas que en ciertos dias asoman por la barra, componiendo una flota de cuarenta ó cincuenta barcos, y más algunas veces, y se desparraman por el Océano en direccion á otros tantos puertos, á otros tantos paises.

Por fin Olaveaga quedó á la espalda, y todo aquel bosque de arboladuras, que se destacaba sobre el cielo azul tachonado de estrellas, se fué perdiendo entre los recodos de la ribera.

Despues solo se distinguian entre el espejo foliaje de las orillas del Nervion algunos palos de cruz, algunos masteles, que se elevaban audaces por el ancho espacio, que reposaba en calma, y que parecian desde el seno del agua tocar con sus penoles el firmamento.

En el pequeño golfo que media entre Portugalete y Castro se vió más tarde una vela blanca, que, como una mariposa empujada por la brisa, iba atravesando el mar, ó más bien volando sobre él en direccion al último de los citados puertos.

Las olas parecian abrirle paso; chocaban en sus costados, y en lugar de romperse ondulaban, dejando cruzar sobre ellas al batel y ayudándole á caminar.

En la popa iba un jóven de rostro sombrío.

Si nos fijásemos en sus ojos veríamos las profundas tinieblas que debian cernerse allá en el fondo de su alma; aquel jóven no era otro que aquel á quien hemos visto ajustar la embarcacion en el muelle de Albia.

Nadie se fijaba en aquel punto microscópico en medio del Océano. Sin embargo, las estrellas, desde su alta region, debian clavar en él sus miradas.

Las costas silenciosas y mudas, que como deformes gigantes se elevaban á la izquierda de la lancha que avanzaba, parecian tambien contemplar á los viajeros misteriosos; en aquellas cumbres elevadas á la orilla del agua, cumbres gigantescas que parecian fantasmas de una pesadilla terrible, había algo de amenaza y de contemplacion al mismo tiempo; sin embargo, permanecian impassibles.

Distinguíanse perfectamente sus ondulaciones sobre el zafiro del espacio; culebreaban, por decirlo así, sus dorsos en la inmensidad del éter.

El batel avanzaba; cuanto más se acercaba á su destino, en los ojos del jóven viajero la expresion era más sombría y más profunda; alguna niebla densa enturbiaba, sin duda, aquella mirada.

Mezclábanse el ruido que el tamajar formaba al dividir las inmensas ondas agitadas por el blando viento Nordeste que reinaba, y el crujido que, de vez en cuando, formaba la vela al hincharse con su soplo

A lo lejos, por fin, y á su izquierda, vieron los viajeros un promontorio de color oscuro, en el cual divisábanse algunas luces, y en un punto más alto una luz más viva y penetrante, que era la del faro.

CAPITULO III.

Lo que solo la luna vió y solo las flores oyeron.

A medida que se acercaron al promontorio, este fué blanqueando; al fin se divisaron las casas y las dos fajas blancas que formaban los muelles que resguardan el puerto de las iras del mar.

Por último, el batel tomó una direccion que no era la de los muelles; al contrario, se inclinó á la izquierda, atracó en un recodo de la costa y saltó á tierra el jóven que iba en la popa.

Buscaron un lugar á propósito; el mar estaba bastante tranquilo, y por lo tanto no corrió ningun peligro verificar la operacion, á pesar de los numerosos escollos que por aquella parte de la costa abundan.

Como la luna era bastante clara podia buscarse la entrada á cualquier ancon de una manera fácil. y ningun riesgo se corria en ello una vez que el agua estaba en calma.

Atracó la lancha muy cerca de la poblacion, los remeros siguieron en ella, y el jóven desapareció por aquel laberinto de huertas y jardines que hay hácia aquel lado del pueblo, y que tanto hermosea á este, sobre todo durante la primavera y el estío, en que las flores se abren y muestran á la luz del

dia sus vivos colores y en que los árboles se llenan de hojas dando sombra apacible á aquellos encantados lugares.

La familia de Julio solia vivir en su casa del pueblo, que era de las mejores que allí podian encontrarse; pero en cuanto el verano se acercaba trasladábase á una casita de campo más á propósito para disfrutar del buen tiempo, pues allí no es muy cruel la temperatura del estío.

A la sazón ya la familia de Julio, incluso Carolina, se habia trasladado á la casa de campo.

Esta se hallaba cerca del mar.

Como el patron del batel habia supuesto, en aquel instante estaban dando las doce en Santa María.

Aquella noche Carolina estaba bastante agitada; no sabian sus padres á qué atribuirlo; sin embargo, como ella les dijo que no sentia nada que la inquietase y que se encontraba bien, no volvieron á pensar más en ello, y la jóven se colocó en una de las ventanas de la casa que daban al jardin y se puso á contemplar el mar; así pasó bastante tiempo.

Ya en la casa se habian acostado todos, y la jóven aun continuaba en la misma actitud.

Cuando las doce sonaron en Santa María, bajó al jardin.

Cualquiera al verla salir de su casa hubiera creido que evitaba ser observada; con tanto sigilo y tan despacio lo hizo.

¿Habria visto acercarse la embarcacion aquella?

No lo sabemos.

Una vez en el jardin, pareció crecer la agitacion de Carolina; hubo momentos en que quedó hondamente preocupada.

Aquello era extraño, y mucho más tratándose de una jóven que pocas veces solia vérsela pensativa, pues era su génio

bullicioso; siempre con la sonrisa en los labios, frívola en sus costumbres y en sus caprichos, ligera en sus pensamientos, poco profunda en sus palabras, distraída á menudo, era la gracia y la puerilidad personificadas.

¿Por qué, pues, quedaba pensativa?

Dió algunos paseos por el jardín, y, cosa extraña, pocas veces que bajaba allí permanecía quieta sin coger alguna flor, ó sin cantar, ó sin correr de un lado á otro, y entonces estaba silenciosa como si algo grave en su interior sucediese.

¿A qué atribuir aquella variación?

Pocos minutos trascurrieron cuando el desconocido se descolgó por una de las tapias del jardín.

Cuando estuvo en lo alto de la tapia se le figuró ver que una sombra cruzaba por entre la oscuridad del camino de donde él acababa de subir, camino al cual la posesión hacia esquina.

Aquello le preocupó bien poca cosa, y no volvió á acordarse de ello más.

Carolina vió al hombre misterioso de la tapia perfectamente y permaneció en silencio; pero, á la verdad, si hubiera sido de día hubiera podido percibirse que se le mudaba el color.

De sonrosada que ella era se tornó pálida, mas continuó inmóvil.

El desconocido la vió desde luego y se acercó á ella.

Estaba precisamente muy cerca de la tapia, así es que aquel tuvo que dar pocos pasos.

Medió entre ellos esta conversacion:

—¡Carolina!

—¿Qué quieres?

—Veo que me aguardabas; esto me da esperanza.

—Te aguardaba porque te amo.

—¡Oh! ¿Y yo á tí no te amo acaso? Tú eres el aliento de mi vida; eres la única mujer que me ha conmovido el corazón; puedo asegurártelo.

—Y tú el único hombre que ha conmovido el mio.

—¡Qué hermosa está la noche! ¿no es cierto? Parece que convida al placer.

—Bella está cual ninguna, aunque, en verdad, bello es para mí todo el tiempo que tú te hallas á mi lado.

—¡Oh! ¡soy el hombre más feliz del mundo! ¿Con que me amas?

—¿Cuántas veces te lo he de decir?

—Necesitas decírmelo muchas, porque yo no acabo de creer que sea tu amor tan grande como dices.

—¡Oh! ¡Si es grande, Dios solo lo sabe!

—No se conoce.

—¿Y por qué no se conoce?

—¿No sabes que el amor es ciego? Sí, es ciego, no reflexiona. Cuando llena un corazón, ningún otro sentimiento cabe en él; ni la inteligencia puede pensar ni raciocinar el cálculo: tú no me amas tanto como yo te amo á tí, pues que encuentras tantas dificultades para hacerme dichoso; yo también las he encontrado para venir á verte á través del mar, á través de la noche, á través de los peligros; pues qué, ¿no me expongo á ser descubierto al dar el paso que esta noche doy, mediando las circunstancias que median? Sí, Carolina, vosotras todas sois iguales; ¡palabras! ¡palabras! á eso se reducen vuestras pasiones; pero lo que es del corazón, de ese haceis poco caso; ó mejor dicho, le cuidais más de lo que de-

biérais y procurais no arriesgarle; ese no es modo de amar; se ama con todas las consecuencias que el amor trae consigo, como yo lo hago; como lo sabemos hacer todos los hombres; pero vosotras... ¿Con que no accedes á mis súplicas?

—Por Dios, no me aflijas. Es imposible.

—Entonces no volveré á verte jamás, porque esta es la prueba de amor que te exijo; ¿por qué no me la das? Ya ves que de ella depende mi dicha y la tuya también, Carolina.

—Tú te vales de lo mucho que te adoro.

—No hago más que pedirte una prueba.

—¿No ves estas lágrimas que asoman á mis ojos?

—¡Las lágrimas las teneis siempre tan abundantes! Casi tan abundantes como las palabras y como las promesas; ¿para qué me esperabas? ¿No sabias que iba yo á venir esta noche?

—¡Te amo! Pero vete, aléjate, vete pronto; tú serás causa de mi desgracia.

—¿Tú desgracia? ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Siempre las mismas!

—¡Aléjate, por Dios; vete, no vuelvas á verme nunca!

—¡Adios, pues! Ya sé cuánto me amas; no volveremos más á vernos... ¡Adios, ilusiones mías! ¡Esperanzas risueñas! ¿Por qué soñé algun día? ¡Necio de mí...! Llevo una herida en mi corazón; siempre habrá un nombre que estará resonando en mis oídos y que estará murmurando mis labios... ese nombre será el de la mujer que me ha hecho infeliz; será el tuyo... no quiero verte más; ¡adios!

La joven no contestó; solo se sintió en el jardín un sollozo; cuando el desconocido volvió á trasponer la pared, antes de descender notó que se alejaba la sombra que antes vió deslizarse por aquel camino.

Unos momentos despues el batel volvia á alejarse en dirección á la embocadura de la ría de Bilbao.

La noche seguia serena y encantadora; la luna brillando más, las estrellas tachonando el espacio, las olas del mar girando en silencio, la severa costa distinguiéndose sobre la azul inmensidad, la poblacion dormida y Carolina arrodillada en el suelo con el rostro cubierto con sus manos.

Aquel cuadro era todo un poema.

CAPITULO IV.

Conveniencias del obispado.

Por aquella época habia llegado á Castro-Urdiales un sacerdote bastante ilustrado.

Llamábase D. Leandro, y segun se decia tenia en la corte grandes relaciones.

Uníale tambien algun parentesco con el obispo de la diócesis.

Todas estas circunstancias, y la de ser hijo de unos padres riquísimos, pues habia seguido la carrera eclesiástica por aficion, segun algunos decian, dábanle en el pueblo gran importancia.

Con este motivo empezaron las indagaciones de costumbre sobre el forastero en cuestion.

El afan de averiguar crece de punto cuando el forastero es un cura.

Esto precisamente es lo que sucedió cuando D. Leandro llegó á Castro-Urdiales.

Iba á cupar la vacante de un sacerdote antiguo muy querido del pueblo, que habia muerto hacia poco tiempo, y aunque eran muchas las simpatías que aquel habia dejado á su muerte, tantas ó acaso más fueron las que el nuevo sacerdote se llevó consigo.

Hizo cuanto debia hacerse en un pueblo en semejantes circunstancias; procuró no chocar para nada con la opinion pública.

No se declaró amigo de los unos ni enemigo de los otros. Alternó con todo el mundo.

Era parco en sus conversaciones y tambien en sus comidas; mezclábase muy poco, ó más bien nada, en los asuntos de la localidad.

Hacia un estudio de las personas desde que las conocia por primera vez y tratábalas segun su conciencia le dictaba que debia hacerse.

Vivia en compañía de un ama bastante vieja; pasaria de los cincuenta años.

Él de seguro que no llegaba á los treinta y dos.

Conociendo los muchos escollos que tenia que vencer un hombre en sus circunstancias en un puesto como el que habia ido á desempeñar, teniendo tan poca edad como él tenia y siendo de bastantes más años los demás sacerdotes de la villa, pensó que era difícil su situacion, y comprendió que debia cuidarse mucho de la impresion que haria su entrada en la villa, pues esta impresion seria la que decidiera de todos los juicios posteriores que con respecto á él se hicieran luego.

Hacia una vida bastante modesta, á pesar de que sus rentas, segun por todas partes se decia, eran bastante grandes.

Reducíase únicamente á gastar la asignacion que le correspondia como diácono.

Hacia muchas limosnas; socorria de todos modos á los necesitados, á unos con dinero y con recursos materiales, á otros con consejos y con consuelos para el alma.

Lo cierto es que á los pocos meses de encontrarse en Castro-Urdiales era el hombre importante del cabildo.

Se supo tambien que habia tenido D. Leandro ocasion de desempeñar plazas de mayor categoría que la que habia ido á ocupar á aquel pueblo, y que no lo habia hecho por amor á la provincia, de donde no queria salir sino en un caso de necesidad, pues habia nacido en la Montaña y aseguraban que queria cerrar sus ojos á la vida en la misma costa donde los habia abierto. La fama de ilustrado de que gozaba no dejaba de ser fundada suficientemente.

Habia leído mucho; no le habian asustado las más extrañas teorías, siempre que en ellas hubiese encontrado un fondo de verdad; al contrario, las estudiaba, procuraba compararlas unas con otras, y despues de haber hecho semejante trabajo, se decidia en su consecuencia por una ó por otra.

No temia las conversaciones filosóficas con las personas instruidas, aunque es verdad que tampoco las buscaba.

Contestaba con mesura, y siempre decia algo menos de lo que sabia en realidad.

Habia que rogarle bastante para que aceptase un convite, eso sí; pero una vez que lo aceptaba era la animacion de la mesa donde se ponía; por supuesto, siempre dignamente.

Cuando trataba con personas algo leídas, las contestaba segun los conocimientos de aquellas; cuando hablaba con otras personas que no eran de ciencia, lo hacia de un modo sencillo y lo explicaba todo por la religion.

De una sola conversacion parecia querer rehuir; de la política: demostraba enfado, ó más bien no demostraba enfado nunca; se excluía del círculo de donde la discusion tenia lugar.

Visiblemente tendia á estar retirado; así es que apenas hacia otra cosa que ir á la parroquia á cumplir con sus deberes, y algunas tardes tambien, las de buen tiempo, paseaba á larga distancia del pueblo; iba solo; entonces es cuando solia encontrarse con alguno de los vecinos de Castro, que se incorporaba á él y hablaban en el camino á sus anchas.

Ponderábanse de boca en boca las cualidades del nuevo presbítero; se decia:

Que comia muy poco.

Que leía mucho.

Que se encerraba á menudo y rezaba.

Que la mujer que vivía con él era una santa.

Que en todas partes donde habia estado habia dejado siempre el mismo lisonjero recuerdo.

Que habia sido el paño de lágrimas de muchas familias desgraciadas.

Que seguía ciegamente todos los consejos que su primo el obispo le daba.

Que le esperaba un gran porvenir.

Que jamás se había dicho de él nada malo.

Que en el primer sermón que pronunciase se iba á ver cuánto valía.

Que sabia más latin que ninguno de los otros curas, que lo mascullaban sin entenderlo.

Que no se la echaba de sábio nunca, y mucho ménos cuando no venía al caso.

Que era humilde como una oveja.

Que no le gustaba que se ocuparan de él.

Que le cansaban los elogios.

Que las principales familias de Santander, que era el sitio

donde más tiempo permaneció, se disputaban que les honrase con su visita.

Que solia tomar chocolate en las dos casas más ricas de Santander, y era el gran preceptor de los hijos de la casa.

Que á nadie mejor que á él debia entregársele la direccion de un alma, con la certeza de que, siguiendo las prescripciones del jóven clérigo, la salvacion era segura.

Que era el ojo derecho, no solo de su primo, sino de dos ó tres canónigos del cabildo catedral.

Que solia pasear en la capital de la provincia con el doctoral, que era la persona más influyente de Santander, y que tenia doble edad que D. Leandro, por lo cual chocaba á las personas que los veian sostener juntos grandes discusiones luminosas

Que el obispo más de una vez habia consultado con él ciertos casos dudosos del servicio, y que él con un talento clarísimo habia dado la solucion más conveniente, lo cual produjo los mejores resultados.

En fin, que el pueblo debia darse la enhorabuena porque hubiese llegado alli el nuevo clérigo.

Más tarde se supo que solia dar paseos nocturnos embebido en grandes reflexiones, y que cuando hacia esto evitaba á todo trance ser visto.

Naturalmente, que aquel hombre sin duda iba á hacer algun beneficio, y se ocultaba porque le molestaba que ponderasen sus acciones; así es que debia dejársele en paz y no atisbársele, que algo bueno iria á hacer.

La noche á que nos hemos referido en el capítulo anterior, D. Leandro, precisamente cuando daban las doce en Santa María, se paseaba junto á las tapias de la posesion de

Carolina, hácia el camino que va á la playa. De pronto se paró; creyó ver á un hombre encima de la pared y descolgarse al interior del jardin.

Inmediatamente abandonó aquel sitio sin volver la vista atrás.

Apresuró el paso, y tuvo un disgusto profundo en haber presenciado tal cosa.

No pensó desde aquella noche nada más que en olvidar semejante acontecimiento.

Sentia como un cargo de conciencia por haber observado aquella novedad, como si él tuviese la culpa de que hubiera sucedido.

En efecto, no tenia ninguna; la casualidad habia llevado sus pasos á aquel sitio, pues era la hora que dedicaba á la meditacion, y discurriendo al acaso pasaba por allí, como hubiera podido pasar por el lado opuesto de la villa.

La verdad es que aquella noche no durmió bien; parecíale que habia cometido algun delito, y, sin embargo, era inocente.

¿Qué culpa tenia él de haber percibido al hombre misterioso?

Así lo comprendió; pero por más que lo comprendiese así, su conciencia no se tranquilizaba.

Al dia siguiente dijo á su ama:

—Pudiera ser, señora Inés, que nos fuéramos pronto de Castro.

—¿Pues cómo así? interrumpió la vieja.

—¡Vea Vd.! ¡Cosas que pasan! ¡Conveniencias del obispado!

CAPITULO V.

El enigma.

Sabemos que Carolina y Julio eran hermanos y pertenecían á una de las familias más ricas y más principales del pueblo.

Eran los padres de ambos jóvenes señores bastante montados á la antigua; gustaban de que se conservasen las costumbres patriarcales, y aunque la verdad es que en su casa los dos hijos gozaban de cierta libertad, esta era la libertad imprescindible que la época traía consigo; ellos seguían viviendo de la manera que siempre lo hicieron.

Como puede comprenderse, Julio fué el que llegó á vivir con más independencia desde muy joven, si se tiene en cuenta que fué estudiante en Madrid, que por fin tenía ya acabada una carrera, y por último que era hombre.

Carolina hallábase un poco más apegada á las costumbres de su casa, cosa muy natural teniendo en cuenta que rara vez había salido del pueblo, ó no lo había hecho sino por breves temporadas, y eso á casa de primos ó hermanos de su padre, gente de las mismas costumbres y educación que aquellos.

A pesar de todo, Carolina ya hemos visto que era alegre,

vivaracha, amiga de la algazara, aunque todo esto en un grado compatible con su educación y su posición.

Entre las demás jóvenes del pueblo, siempre en medio de todo procuraba ser digna, y así lo consiguió.

Nunca desdeñaba una conversación de un joven; por intencionada que fuera, sabía contestar con aplomo y discreción.

Todos decían que hablaba como puede hacerlo una mujer mayor.

Sin embargo, á pesar de estas circunstancias, cuando llegaba el caso, Carolina, que tenía diez y nueve años, cualquiera hubiera dicho que tenía solo catorce ó quince.

Era inocente en sus diversiones y en sus bromas.

En las conversaciones con sus amigas, poco profunda; pueril á menudo.

Sabía que algunas de las jóvenes murmuraban de ella, tal vez envidiosas de su posición ó de su hermosura, pero ella jamás prestaba oídos á semejantes murmuraciones, y no por eso guardaba rencor á los que la murmuraban.

Tenía cierta fibra de generosidad en su corazón.

Siempre risueña con todos, procuraba no ofender á nadie, y así en efecto lograba conseguirlo.

Ninguno, fuese cual fuese el móvil que le llevara junto á ella, podía quejarse nunca de un reproche.

La verdad es que tenía muchas enemigas, más de las que ella misma se figuraba, pues hasta sus adulatoras, las que con ella acostumbraban á pasear y estar á todas horas, cuando Carolina se hallaba ausente solían también despacharse á su gusto...

Unas con la decisión que da una envidia invencible, y

otras con las palabras embozadas de una envidia hipócrita.

En medio de todo, Carolina era un ángel.

Tenia sueños de amor y de ventura; tenía grandes esperanzas, cosa natural encontrándose en los diez y nueve años.

Habíase formado un ideal allá en su mente, y tras él se encaminaban siempre sus pasos y sus acciones.

Entre tanto no tenía más que dos cuidados: vivir alegre y complacer, sobre todo, á sus padres.

La madre de Carolina era muy religiosa.

Todos los días, apenas el alba brillaba, había de salir de casa envuelta en su manto, con dirección á la iglesia de Santa María, á oír la misa de prima.

A cuantas funciones en la parroquia tenían lugar acudía ella de las primeras; contribuía para todas las funciones religiosas que se proyectaban.

Entre la iglesia, el cuidado y el amor de sus hijos pasaba las horas aquella buena mujer.

Carolina durante mucho tiempo estuvo haciendo lo mismo; acompañaba á su madre á misa y á las fiestas de la iglesia.

Últimamente, comprendiendo la madre que la juventud necesita cierta expansión, indicó á Carolina que no vería con pena que dejase de acudir á alguno de los ejercicios piadosos para reunirse con sus amigas, ó bien ir á una función de teatro, ó á un baile, ó á un paseo, ó á una fiesta por el estilo.

Carolina lo hizo así; sin embargo, siguió con su antigua costumbre de oír todos los días misa de prima y confesar una vez cada semana.

Cuando la primera luz del día pintaba el firmamento y culebreaba en serpientes de lumbre por el inmenso mar, y los

picos de las montañas vecinas empezaban á verse iluminados por los rayos de ese sol nuevo que promete un día sereno y magnífico, cuando los pájaros empezaban á gorgear, lanzándose de las ramas que les cobijaban durante la noche y atravesando el espacio, uniendo la armonía de sus cantos con los colores de sus alas; cuando los marineros cantando salían en sus lanchas á buscar el sustento de sus familias y se despedían de las costas donde sus seres queridos quedaban; cuando las playas vizcainas empezaban á dejarse ver entre las brumas de la noche que el alba disipa como humo que lleva el viento; cuando el horizonte se esclarecía con una pureza diáfana y se destacaban en su extensa línea algunas velas blancas que eran de otros tantos buques que se acercaban al puerto ó iban á perderse en medio del Océano; cuando los primeros repiques de las campanas que saludaban el nuevo resplandor y despertaban á los madrugadores vecinos y á los honrados trabajadores dejaban oírse en el espacio, gusto daba ver á aquella jóven con el gracioso andar de un antílope ó una nevatina dirigirse á la altura en que Santa María está colocada. Al atravesar las calles, sin duda estas debían temblar al sentir las pisadas de aquel ángel, que por alma tenía su alegría y por alas tenía sus ensueños....

¡Ver aquella cinturita delgada, que una mano podría abarcar; ver aquella garganta de nieve que subía y bajaba con una ondulacion tranquila, casi imperceptible, que ni el lago más sereno y más apacible podría imitar con sus ondas; ver aquellas dos pupilas serenas y suaves con un tinte entre melancólico y dichoso, ora mirando al cielo, que iba poco á poco descubriéndose, ora mirando al mar, que centelleaba

cada vez más, encendido con la luz del astro del día; ver aquel andar menudito, aquella frente inclinada hácia el suelo, aquel rostro pequeño de vírgen envuelto en un negro manto, aquella blanca y delicada mano que aparecía entre el manto, sosteniendo un pequeño libro forrado con piel de olor, con hojas de canto de oro y con filetes y broches de oro también; ver aquella otra mano que aparecía igualmente ya sujetando el manto, ya elevando un abanico de madera de sándalo delicado y pequeño; ver las ondulaciones de aquella falda, que iba crujiendo á medida que andaba la jóven; ver aquel rostro inocente y divino, ¡qué de idilios, qué de ensueños no evocaba!

¡Cuántas veces hemos soñado con su amor!

¡Cuántas veces hemos temblado al verla pasar al lado nuestro, ó al verla entrar en la iglesia, al levantar la colgadura de la puerta para que no tropezara su angelical cabeza, al poner el agua bendita en las dulces yemecitas de sus dedos!

¡Cuántas veces, mientras ella estaba en la contemplacion de aquellas imágenes, delante de aquellos pilares góticos altos y severos, hemos contado casi todos sus suspiros uno por uno por los latidos de nuestro corazon!

¡Cuántas veces estábamos embebidos adorando aquella alma adorada, llevando nuestro pensamiento á aquel sér que en una vírgen de los Dolores tal vez fijaba el suyo!

¡Cuántas veces al verla arrodillada delante de un altar de aquellos, y al haber atraído hácia nosotros una mirada suya, nos hemos arrepentido de haberlo hecho así, porque nos parecia una profanacion sacarla de aquel recogimiento y de aquel religioso éxtasis!

¡Ay! ¡Onda de espuma que acaso te desvanezcas en cuanto toques la playa! ¡Leve sueño que acaso se disipe antes que brille la aurora! ¡Tiernos suspiros que acaso os extinguais antes que broteis á los lábios!

¡Cuántos no soñarían con Carolina! Nosotros sabemos que hay quien ha soñado. Más de uno, más de dos, más de tres corazones se perdieron en delirios, acaso al mismo tiempo, acaso la misma noche, á la misma hora, tras de aquella mujer ideal, tras de aquella vírgen que parecia siempre estar tocando por primera vez la tierra.

¡Cuántos suspiros habrás arrancado á tu paso! ¡Cuántos corazones te habrás llevado tras de tí! ¡Cuántas lágrimas habrá costado alguna sonrisa tuya...! ¡Ay, triste realidad! ¡Que unas alas tan puras como son tus sueños tengan que mancharse con el contacto de la tierra, á que en mal hora has descendido!

Sin embargo, cumpliste tu destino: viniste al mundo á hacer creer en la pureza, á hacer creer en la virtud, á hacer creer en el amor, en la virginidad y en la poesía, y lo conseguiste.

El oficio de servir de consuelo es el más importante para que puede haber nacido una criatura.

Por muchas personas mirábase á Carolina como una jóven intachable.

Su génio agradable la captaba muchas simpatías, á pesar de las enemistades que siempre las riquezas, la gracia y la hermosura llevan consigo.

A medida que unas personas ponderaban las virtudes de la jóven, otras tal vez en su desesperacion la levantaban chismes, cuentos y por fin hasta calumnias.

Todos los dias se hablaba de jóvenes que pretendian el corazon de Carolina y en seguida lo alcanzaban.

Hablábase de que accedia á todo, de que á todos ponía cara risueña.

Comentábanse estos hechos con reticencias, y la cosa fué tomando un carácter sério.

Ya llegó á hablarse de las miradas que dirigia hácia tal ó cual sitio del teatro; de los sitios á donde miraba algunos segundos que se distraia en la iglesia; de las calles por que pasaba al dirigirse á ella los dias que iba sola; de las veces que palideció al encontrarse enfrente de Fulano ó de Zutano; del suspiro que se le escapó al traer á su imaginacion un recuerdo; de la flor que iba prendida en su pecho; del clavel que llevó un dia en sus labios; de la rosa que colocaba tal tarde en su cabeza; de las veces que con uno bailó el wals y con otro la polka...

Más tarde se habló tambien alguna cosa de paseos solitarios, de épocas en que permanecia triste y pensativa, de entradas misteriosas en su huerta, de grandes penitencias impuestas por su confesor, que no era otro que D. Leandro; en fin, de una porcion de cosas de que los maliciosos sacan siempre partido y que pueden inventarse contra cualquiera á quien se tenga ódio, sin datos de ninguna especie.

Carolina empezó á conocer que habia quien se ocupaba en abrir abismos alrededor suyo; comprendió igualmente que era preciso una gran virtud para combatir semejantes asechanzas.

Lo sintió, pero no se apuró, porque tenia conciencia de lo que valia la firmeza de sus propósitos.

Al dia siguiente de la noche en que D. Leandro habia per-

cibido á aquel jóven sobre la tapia del jardin de Carolina, esta fué temprano á la parroquia; iba á hacer su confesion semanal de costumbre.

D. Leandro debia esperarla ya, pues siendo el jóven sacerdote visita de la casa y el director espiritual de Carolina y de su madre, ya sabia que al dia siguiente era cuando tocaba á la jóven confesarse.

En efecto, Carolina entró en la iglesia; en cuanto oyó la misa de prima se acercó al confesonario; allí estaba don Leandro.

Su hermosa cara se destacaba entre la oscuridad que dentro del confesonario reinaba, pues estaba en uno de los sitios más retirados del templo.

Carolina caminó hácia él sin levantar apenas los ojos del suelo, pero con tranquilidad, con esa tranquilidad que da una conciencia serena y libre de todo remordimiento.

Si hubiese mirado al rostro á D. Leandro hubiese visto en él profundas huellas de insomnio y un resto de intranquilidad invencible.

D. Leandro no habia dormido la noche anterior; ¡tan grande era la lucha que dentro de él se estaba verificando!

Una vez en su casa, se acordó el sacerdote que al dia siguiente debia ir á confesar á Carolina.

Por una parte esto, y por otra lo que habia visto, eran cosas que no se apartaban un minuto de su mente; turbábanle de tal modo, que estaba sufriendo dentro de sí un infierno.

Cualquiera que hubiera visto aquello hubiera dicho que ella era la que iba á confesarle á él; tan tranquila estaba Carolina y tanta era la agitacion del cura.

.

La confesion tuvo lugar.

Despues que esta acabó, D. Leandro salió del templo más agitado que al entrar.

Repetidas contracciones nerviosas habian hecho en él su presa.

Carolina permaneció en la iglesia más tiempo que otras veces.

Pasaron dos horas, pasaron tres, pasaron cuatro; no acababa de salir de Santa María.

Más de dos y más de tres vecinos de los que habitan las cercanías de la iglesia echaron de ver que Carolina no volvía; entraron con este motivo en curiosidad, cosa muy natural tratándose de una jóven de la que todo el pueblo se ocupaba.

Los dias de confesion siempre permanecia en la iglesia más que los otros dias; sin duda se quedaba á cumplir la penitencia que su confesor le imponia.

No cabia duda que aquel dia Carolina no hacia otra cosa; estaba tambien cumpliendo su penitencia.

¿Pero cómo tanto tiempo? ¿Qué es lo que habia sucedido? Grandes debian haber sido las culpas de la confesion cuando la jóven tardaba tanto en volver.

Era casi el mediodia y se iba á cerrar el templo, y eutonces fué cuando Carolina salió á la calle.

Atravesó el pueblo y se dirigió á su casa.

Iba bastante inmutada, pero no tanto como intranquila.

Semejante acontecimiento corrió de boca en boca.

Sacaron de él partido unos y otros; pero á la jóven, en medio de todo, no le apuraba aquello.

Siguió oyendo los cuentos que sobre ella se inventaban

con la mayor indiferencia: aunque por lo general aquella que solia ser objeto de ellos era la que ménos enterada estaba de los rumores que corrian.

La verdad es que desde aquel dia las personas que la criticaban tuvieron, por decirlo así, un argumento más razonable que todos cuantos hasta entonces se les habian ocurrido contra la jóven.

Coincidió aquello con la circunstancia de que el mismo dia D. Leandro salió para Santander.

Dijo que volveria pronto.

Sin embargo, pasaron dias y dias y no volvía el jóven sacerdote.

Por fin, la señora Inés fué á reunirse con él.

Empezó á circular la voz de que D. Leandro no volvía ya.

Dijeron tambien algunos maliciosos que no se habia despedido de Carolina, lo cual, sin duda alguna, era una falta visible, puesto que era la casa de la jóven la que con más frecuencia honraba el ilustrado sacerdote.

D. Leandro no volvió, ni nada se supo de él.

Los vecinos del pueblo que á causa de sus negocios pasaron por entonces á Santander, buscáronle, y ya no le encontraron; nada lograron saber, perdieron por completo sus huellas.

La oscuridad más misteriosa siguió á aquella desaparicion.

CAPITULO VI.

¡Ya está Vd. libre!

Creemos oportuno acordarnos de Roberto, el inspector de policía de Bilbao.

Roberto salió ligero de su casa, despues que tuvo lugar entre él y su hija el diálogo que ya hemos oido.

Se sintió herido cuando la oyó decir que habia estado regando unas albahacas.

Una tempestad habia estallado en su cabeza; no sabia qué pensar de lo ocurrido aquella noche.

Estrella, su hija querida, aquella flor [naciente, aquella ave que empezaba á tender por el espacio sus alas; aquella niña inocente y cándida, que habia sido su ilusion al mismo tiempo que la causa de sus tormentos y dolores, le habia ocultado un misterio que él conocia, siquiera fuese á medias.

Desde que salió de su casa pensó dirigirse al sitio donde el duelo con Alfonso debia verificarse, y dejarse matar.

Tanta era la agitacion que en su interior habia.

Creyó que lo más conveniente seria hacer por no herir á su contrario, para que este le hiriera á él.

¿Qué le esperaba ya en el mundo sin ilusiones, con un rencor dentro de su alma hácia todo, con un amor burlado de seguro? Porque casi todos los que piensan como Ro-

berto son excépticos; porque esos hombres á quienes todo se presenta bajo la fase de la culpabilidad, esos hombres que ven en todo segunda intencion y delito, no pueden convenirse de que una inocencia sea tal inocencia, siempre que exista algun dato que predisponga á creer lo contrario.

Una cosa habia que le detenia á Roberto para asegurarse de que su hija habia faltado, y era el grande amor que la tenia.

Pero muchas veces se repitió mentalmente:

—Acaso por este mismo amor que me inspira no tengo valor para tomar en cuenta todos los detalles que conducen á probar su falta... ¡Oh! ¡Sí, soy un desgraciado!

Una vez cruzó por su mente la idea de que no habia lugar á dudas respecto á si Estrella habia faltado ó no, y se puso en el caso de si se tratara de una desconocida; comprendió que si dudaba era debido al amor de padre, que por malo que sea el carácter de una persona, en el corazon de ninguna puede extinguirse la llama de semejante pasion.

Tal vez aquel cariño que la tenia era causa de que no viese con toda claridad que la deshonra de su hija estaba consumada; entonces se desesperó y aligeró el paso con intencion de llegar al sitio del desafio más pronto, pues el dia comenzaba á clarear.

Varias veces volvió la cabeza hácia atrás en direccion de su casa, como si se acordara de Estrella.

Por fin se paró, colocó el índice de su mano derecha entre sus labios, sombreóse su frente y permaneció unos instantes pensativo.

¿Qué era lo que iba á hacer? ¿Iba á exponer su vida solo

por una impresion violenta, por un hecho dudoso, que era muy fácil se aclarase resultando la inocencia de Estrella?

Los hombres juzgan muy de ligero; pues qué, ¿no podía tener la jóven un amor? Sí; pero si le tenia, ¿por qué le ocultaba? Nada tenia de particular que lo tuviese.

De todos modos, aunque le hubiese impresionado que su padre se enterara de su pasion, no le hubiera impresionado tanto una vez que no era delito; la disculpa que dió de que habia bajado á regar unas albahacas no era la más á propósito; aquella contestacion demostraba la turbacion que habia en su espíritu.

Pero, por otra parte, tambien podia ser un amor inocente y puro el que habia motivado la salida de Estrella al jardin aquella noche, y el temor lo que hubiera causado la disculpa repentina hecha por la jóven tan bruscamente.

Estrella era despejada; tenia ese golpe de vista especial de algunas mujeres para comprender las ideas que se agitan tras una frente que se nubla de continuo; tal vez habria sorprendido los sentimientos que dentro del corazon de Roberto se abrigaban.

Aquellos temores que el inspector tenia de perderla; aquel sentimiento con que la veia crecer, convertirse de niña en mujer, de crisálida en mariposa; tal vez por ahorrar un disgusto á su padre se habia expuesto la jóven á que se pensase otra cosa de ella; todo era posible, pues á su despejo, á su hermosura y á su gracia reunia Estrella el amor filial, que en nada se habia menguado en su pecho.

Todas estas ideas aglomeradamente asaltaron la imaginacion de Roberto, que no sabia qué partido tomar; de acudir al desafio, de llegar al sitio donde el duelo debia verificarse,

claro era que tenia que batirse; si retrocedia, claro era que tenia que tomar una decision.

Por fin, uno de esos vuelos que tiene la imaginacion y que lleva el pensamiento del hombre á cualquiera parte, hizo acordarse á Roberto de la mujer que estaba encerrada en el calabozo de la inspeccion y de la escena que el dia anterior habia tenido lugar.

Entonces, sin darse cuenta de cómo fué, se acordó tambien de Estrella, y acaso pensó que la afrenta que probablemente habria recibido en su hija la noche que acababa de pasar, seria un castigo de la Providencia, que habia visto irritada la conducta del inspector para con la pobre Emilia.

Debemos advertir que Roberto pensaba de vez en cuando en la Providencia, pero esto siempre en situaciones críticas, cuando se veia embarazado por un motivo ó por otro.

En los demás dias de la vida apenas se acordaba de ella.

Creia que con ser terrible su mision estaba cumplida, y que no se necesitaba nada más; así es que se reducía á ser el espanto de los desdichados á quienes la ley cae encima; donde quiera que se faltase, allí estaba él dispuesto á que la ley se cumpliera.

—¡La ley! ¡La salvaguardia de la sociedad! como á menudo solia repetir en tono enfático.

Sucedía una cosa con este hombre especial; así como era difícil encontrar un aspecto que infundiese más miedo que el suyo cuando un infeliz gemía á sus plantas y el inspector permanecía mudo é inexorable, tambien cuando llegaban las situaciones en que Roberto era víctima, porque en este mundo quiere la fatalidad que todos seamos víctimas y verdugos, bien sea muchas veces inconscientemente; cuando

Roberto tenia una afliccion; cuando caia, por decirlo así, bajo la fatalidad que sobre todos los hombres pesa y que á todos aflige en una ú otra forma, difícil seria encontrar á otro hombre más abatido que él, á otro hombre más humillado, más pequeño, más triturado por la rueda de la fortuna contraria; descendia de la cumbre al abismo; no se concebía unas veces que pudiera haber un hombre más insensible, y otras veces que pudiera encontrarse hombre que sufriese más.

A los que se rien de los grandes males ajenos, miradlos temblar al menor contratiempo; es ley infalible.

Roberto tuvo de repente, por decirlo así, un rayo de inspiracion; el caso es que, en lugar de continuar á lo largo de la ría, volvió sobre sus pasos y marchó en direccion á Bilbao.

—Pero el caso es que ese jóven me esperará, murmuró una vez acertando algo el paso; luego se contestó á sí mismo: La autoridad no necesita dar á nadie explicaciones; haré lo que he determinado y pondré en libertad á esa mujer. ¡Oh! ¡Qué noche he pasado! ¡Ha sido la más horrorosa de mi vida! ¿Y qué hacer ahora? ¡Pobre de mí...! ¿Qué papel hago ya sobre el mundo? ¿Para qué vivir, si por mucho daño que pueda hacer, más daño me está haciendo esta pena que tengo en medio del corazon y que me le abrasa? En fin, despues ya veremos; ahora pongamos á Emilia en libertad; no quiero aumentar sus penas; por esta vez seré piadoso; pero en seguida... ¡Oh! ¡Desdichado del que caiga en mis manos desde mañana...!

Y aligerando el paso entraba poco despues en Bilbao.

Penetró en la inspeccion; apenas puso el pié dentro de ella

diéronle tres ó cuatro oficios sus dependientes, que le habian visto acercarse.

Guardóselos todos en el bolsillo interior de su capoton; se encaminó con la llave en la mano hácia el sitio donde Emilia estaba, y abriendo la puerta del calabozo dijo con voz entera, pero que Emilia encontró un poco extraña y conmovida acaso:

—¡Ya está Vd. libre!



CAPITULO VII.

La autoridad sigue la línea recta.

Aquel mismo día entraba José María en Bilbao y se disponía á agotar toda la influencia que le prestaba el cargo de alcalde de uno de los pueblos de la provincia para dar á Emilia libertad.

José María había encontrado por casualidad á Alfonso antes de llegar á la inspección; y como puede suponerse, le paró, dándole cuenta de la carta que de Emilia había recibido.

Entonces Alfonso le contó cuanto había sucedido el día anterior en la cárcel; el joven bramaba de coraje al ver que había sido burlado por el inspector, puesto que no había acudido á la cita que con él tenía para batirse.

José María montó en cólera, conoció que todos los pasos que por el camino de la ley se dieran para sacar á Emilia de la prisión y libertarla de aquella afrenta que estaba pesando sobre su frente serían tiempo perdido, y por lo tanto decidió echar mano de otro sistema. ¿Qué sistema podía ser este?

El inspector tenía fama de ser un hombre terrible, implacable; además, indudablemente sería hombre de valor, pues si no no ejercería un cargo como aquel, y sobre todo había

datos para asegurarlo, pues en diferentes circunstancias críticas había demostrado una serenidad á toda prueba; sin embargo, ¿cuál era el camino más corto? Dirigirse al inspector, y bien por medio de la amenaza, ó por el del soborno, romper la cadena que estaba aprisionando á aquella mujer infortunada.

¿Pero cómo poner en práctica aquella determinación?

José María no retrocedía ante nada.

—Vamos derechos hácia ese hombre, se dijo, y se encaminó hácia la inspección con el objeto de verse con él.

Una vez conocido el carácter de aquel hombre, pues debemos hacer constar que José María nunca se había tratado con él ni le había hablado jamás, á pesar del cargo que ejercía en la provincia; una vez conocido, decimos, el carácter del inspector, el alcalde de Somorrostro podría trazarse un camino, una línea de conducta que condujera al buen resultado de la empresa que se proponía.

Vió á Roberto efectivamente; pero la medida con que en un principio se puso á hablarle desapareció bien pronto en sus palabras y tomó el camino de la amenaza.

La relación que Alfonso le había hecho de la escena del calabozo, presenciada por el joven desde el otro lado de la reja, le había indignado en extremo; así es que aquel hombre honrado no podía contener su coraje, puesto que estaba hablando con semejante verdugo, pues para José María no era otra cosa que un verdugo el hombre vil que á costa de tantas lágrimas quería sacrificar una inocencia, una honra.

Demasiado provocador estuvo sin duda el alcalde cuando Roberto, á pesar de haber puesto ya en libertad á la presa hacia algún tiempo, no le contestó una palabra.

Bien fácil le hubiera sido al inspector decirle:
—Todo cuanto Vd. me ha dicho está de más; Emilia estaba ya puesta en libertad.

En medio de todo, ya hemos dicho que Roberto tenía ese orgullo propio del que ejerce un cargo de la autoridad; no quería que el hombre de autoridad se confundiera con la generalidad de las gentes; aquel debía elevarse más, debía hacer valer siempre sus derechos con todos motivos.

Hasta cierto punto el inspector sentía que Emilia no estuviera entre sus garras en aquellos momentos; pues si hubiera estado, ¡con qué gran placer hubiera contestado á José María...!

—No me intimidan sus amenazas de Vd., ni el tono con que viene á hablarme, ni temo todo cuanto Vd. pueda influir y trabajar para que el fallo mio se tuerza; la prision de esa jóven está hecha en toda ley, y nadie, absolutamente nadie, me hará ponerla en la calle, porque yo no quiero, porque he decidido que permanezca aquí presa...

¡Ah! Cuánto sintió Roberto no poder pronunciar aquellas palabras; así es que se decidió á callar ante aquel hombre á quien tenía que decir:

—Emilia está ya libre.

Pero ¿y los insultos? Porque insultos llegaron á ser ciertas palabras que José María pronunció al exigirle la libertad de aquella infeliz; y aquellos insultos, ¿habían de quedar impunes? ¿Había de quedar la justicia ultrajada? ¿De ninguna manera!

El alcalde de Somorrostro se apuraba más cada vez; no acababa de comprender el silencio del inspector, y lo tomaba á desprecio; así es que su cólera iba aumentando.

No sabiendo ya qué decir Roberto, porque le partía el corazón declarar á aquel hombre la verdad del caso, porque no le era posible dar una satisfacción por un agravio, y no sabiendo con qué distraerse, tomó ese aire de importancia de que echan mano algunos empleados del gobierno cuando no saben cómo contestar á las reclamaciones de uno que se presenta en su despacho á pedir el cumplimiento de la justicia ó á exigir que se rectifique tal ó cual determinación.

Por distraerse Roberto sacó los oficios que le habían entregado los dependientes y que hemos visto guardó en el bolsillo interior de su capoton. Uno por uno fué rompiendo los sobres que le entregaron, y por fin, al leer uno de aquellos papeles, en su rostro se divisó una sonrisa satánica, que José María pudo contemplar, quien desde luego reconoció que lo que aquel oficio decía era un obstáculo para la realización de los designios que á Bilbao le llevaban.

Aquella sonrisa en el rostro de Roberto se acentuó más y más, creció hasta lo increíble, y por fin Roberto, volviéndose hácia su interlocutor, con gesto sarcástico exclamó:

—¡Cuánto me alegro haber recibido este oficio con que me encuentro ahora! Ha de saber Vd. que hoy mismo, apenas rayaba el día, esa jóven, por quien tanto Vd. se interesa, ha sido puesta en libertad por mí; yo la he puesto, yo mismo; ya ve como no lo he hecho á causa de las reclamaciones que Vd. me hace, sino porque así me pareció bien; por lo tanto, todo cuanto me ha hablado Vd., todas las amenazas que me ha dirigido son golpes en vago; ha perdido Vd. miserablemente el tiempo; mas para que vea que no le temo á Vd. ni á nadie y que dentro del desempeño de mis funciones ninguno absolutamente me hará bajar la cabeza, debo decirle que

Emilia volverá á ser presa ahora mismo; esta noche ha de dormir en los calabozos de la inspeccion.

—¿Presas? ¿Y por qué? ¿Se ha empeñado Vd. en atormentarla? ¡Vive Dios, que mientras yo existia no consentiré semejante afrenta, semejante infamia!

—¿Que no lo consentirá Vd.? ¿Y qué hará Vd. para no consentirlo?

—¿Que qué hará? Poco valgo, es verdad; tal vez de eso se está Vd. aprovechando; pero ha de saber que mi honra probada y mis muchos conocimientos con las gentes principales de esta provincia, mis relaciones en Bilbao me dan medios para hacerle á Vd. tal vez bajar la cerviz, y he de echar mano de todos esos medios que están á mi alcance, pues he formado voluntad decidida de librar á Emilia de los rencores de Vd. ¿Por qué se goza Vd. en atormentar á esa mujer infeliz?

—¿Yo gozar? ¡Que tontería! Vd., como de pueblo, no comprende estas cosas; pero yo le debo decir que no tenemos el tiempo aquí para ocuparnos de atormentar á nadie, y mucho ménos á una miserable; aquí tenemos mucho que hacer, y son asuntos más sérios los que nos preocupan para que nos intereseamos en que esté preso Fulano ó Zutano. Aquí estamos velando por la sociedad, estamos encargados de que las leyes se cumplan; todo lo que yo hago lo hace la autoridad; yo no tengo rencores á esa jóven; ¿qué rencores la he de tener? ¿Por qué? Todos los de pueblo son Vds. lo mismo; tienen desconfianza de las gentes de las ciudades; en fin, no saben por dónde se andan, y á lo mejor desbarran, como le ha sucedido á Vd. en esta ocasion. Lo que no sé es cómo tengo paciencia para haber escuchado todas esas palabras

que me ha lanzado Vd.; gracias á que vienen de un ignorante. Si Vd. pone obstáculos para entorpecer la accion de la justicia, yo le haré á Vd. ver cuánto valgo y cuánto la autoridad debe respetarse. Ha cometido Vd. un delito de lesa autoridad, y yo tengo derecho á prenderle en este mismo instante y á hacer que el Código caiga sobre Vd; pero ¡si uno se fuera á fijar en cosas tan pequeñas...! En fin, por esta vez le perdono; ya le he advertido que Emilia dormirá esta noche de nuevo en los calabozos de la inspeccion.

—¡Yo le juro á Vd. que no, señor inspector! murmuró José María estallando de cólera y casi sin poder contenerse despues de haber oido las palabras que su interlocutor le habia dirigido. ¡Yo le juro que Emilia no volverá á caer en sus manos!

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡Jure Vd. lo que quiera! ¡Obras son amores! como dice el adagio; ya verá Vd. cómo obramos; ya verá Vd. con cuánta razon el gobierno está satisfecho de nuestro celo, de nuestra actividad...

Al decir esto Roberto sonrió de una manera feroz, mas aquella sonrisa fué breve como un relámpago.

Levantóse de pronto del sitio donde estaba sentado; un cambio profundo dejó pintarse en su semblante, y avanzando hácia la ventana, que como hemos dicho era baja y estaba muy próxima al piso de la calle, pareció fijarse en alguna novedad que por allí ocurría; á medida que se fijaba más, la variacion que en él se verificaba era más grande, más intensa.

¿Qué habria visto?

Por fin, olvidándose de todo cuanto con José María habia hablado y hasta de los oficios que dejaba encima de la mesa,

su expresion se hizo terrible; palideció como no se hubiera creído que podía palidecer aquel rostro, así como tampoco nadie cree que puede blanquearse la nieve ni oscurecerse lo negro...

Difícil es formarse una idea del gesto que se apoderó del semblante del inspector; parecía mentira que aquel hombre pudiera conmoverse; aquella mirada de acero, aquella boca inflexible al pronunciar una sentencia, aquella mano férrea otras veces, temblaban; agitábase convulso; su labio inferior movíase de una manera desesperada, como sucede en los instantes supremos de la vida.

Por fin, pasándose la mano por la frente, salió corriendo de la inspeccion sin acordarse de nada.

José María se quedó absorto contemplando lo que estaba sucediendo; no podía comprender qué era lo que pasaba.

Por más que quería darse una explicacion, no pudo dar con ella.

No hacia más que contemplar, ver aquellas convulsiones, aquel afán, la huella que en el rostro del inspector hacian sus interiores luchas; pero ya hemos dicho, no acababa de explicárselo.

La calle permanecía silenciosa, como suelen estarlo siempre las de aquella capital.

Se olvidó de Emilia y del asunto que á Bilbao le habia llevado; pero apenas hubo Roberto salido de la estancia, como el alcalde de Somorrostro habia quedado solo, pensó cumplir fielmente la comision que llevaba á la capital de Vizcaya, y se dijo:

—Este oficio que el inspector acaba de dejar aquí es el hilo sin duda de alguna trama en la que Emilia está envuelta,

y por eso al recibir semejante papel se ha alegrado; sí, veamos qué dice.

Cogió el papel, y leyó una comunicacion de D. Estéban, el indiano del valle de Baracaldo, al jefe inspector de la provincia, acusando á Emilia del robo de una onza de oro verificado una noche que se albergó en su casa.

Desde luego comprendió José María que aquello era una infamia; algunas cuestiones habia tenido ya con el tal D. Estéban, y conocia muchas miserias de su vida; además tenia un dato magnífico que le aseguraba de la inocencia de Emilia y le explicaba el motivo que habia dado sin duda ocasion al indiano del valle para acusar á la jóven; conoció que tenia bien á la mano mil medios para salvarla de las garras de la justicia, de las manos de aquellos hombres, que ya en torno suyo se cernian como las aves de rapiña sobre su presa.

Todo esto pensó de pronto, y se dijo:

—Yo la salvaré; tengo un gran medio para salvarla.

Desde luego se dispuso á esperar á que volviera el inspector, á decirle todo cuanto sabia del robo de la onza de oro, para manifestarle sus sospechas, para darle luz en el asunto, para que tuviera la policia algun dato cierto á que atenerse: es más, hasta se explicó que Roberto fuese inflexible á sus ruegos, puesto que Emilia estaba acusada de robo, robo con circunstancias tan agravantes como el de la casa del indiano del valle, si fuesen verdad los detalles que el viejo daba; es más, comprendió que él en el caso de Roberto hubiera hecho lo mismo.

Comprendió que la justicia debia seguir siempre la línea recta y que no debia torcerse por nada, ni por compasiones,

ni por lástimas, ni por ruegos; es más, hasta se acusó de haber usado ciertas palabras inconvenientes, él, que tenía nociones de lo que era la justicia, puesto que la administraba, aunque esto fuese en el pequeño círculo del pueblo que le estaba encomendado.

Pero durante el tiempo que estuvo esperando al jefe de la policía varió de opinion; pensó que era lo más seguro buscar un medio pronto y eficaz para que Emilia saliese de la villa, lo cual seria fácil conseguir durante el tiempo que sin duda alguna estaria ocupado Roberto con el asunto que tanta impresion le habia hecho cuando dejó de hablar con él.

Gran importancia deberia tener para el inspector el acontecimiento de que se trataba cuando lo abandonó todo, saliendo de su oficina, y echó á correr en pos tal vez de un delincuente á quien habia visto atravesar la calle.

En cuanto aquella idea cruzó por su mente, le pareció la más salvadora.

Salió de la inspeccion, procuró á todo trance volver á encontrar á Alfonso, que le habia dado las señas de la casa donde los tres amigos se hallaban, y despues de algunas vueltas por unas calles y otras logró dar con el jóven.

Este bramaba de coraje, herido por el chasco que recibió aquella mañana, y buscaba á Roberto decidido á tomar una venganza.

José María trató de calmarle. Una vez noticioso Alfonso de la libertad de la presa, comprendió ya el motivo de su falta en acudir al lugar convenido para el duelo.

—La ha puesto en libertad. Vamos, esto ya es darme una satisfaccion.

Le manifestó José María todo lo ocurrido; empezaron el

uno y el otro á buscar á Emilia por todo Bilbao, y despues de algun trabajo y de haberse cansado ambos bastante dieron por fin con ella.

Lo prepararon todo para que saliera aquella noche de Bilbao; lo principal era que Emilia se evadiese, que se pusiera á salvo, porque por más que José María creyese en su inocencia y tuviese datos con que probarla, tambien sabia que una acusacion es siempre funesta, por más que el acusado esté inocente del delito por que se le quiere condenar; para que tenga efecto una pena, poco más ó menos, lo mismo da la mayor parte de las veces ser culpable que inocente; el mundo compadece al mártir y castiga al que falta; mas es lo cierto que la pena la sufren ambos igual; pero no igual, debe ser mucho más terrible cumplir una condena injusta por un hecho falso. Mientras se prueba la existencia de un delito, ¡cuánto tiempo no trascurre casi siempre! ¿Para qué más condena?

Una vez Emilia fuera de aquel país, ya podia librarse con más facilidad de las pesquisas de la policía en cualquiera parte que estuviese, pues comprendia José María que Roberto era un hombre terrible; midió, por decirlo así, toda su maldad, y la creyó inmensa; vió en él un corazon henchido de veneno y un alma llena de rencores.

Habia un inconveniente para que Emilia pudiese salir sin ser conocida, por más que se buscasen ardidés; este inconveniente consistia en que la jóven no queria separarse de ninguna manera de su hijo.

No habia razones que la convenciesen de lo contrario; pero al cabo de mil súplicas y de mil ruegos, tanto de Alfonso como de José María, se decidió Emilia á salir sola.

El alcalde de Somorrostro se encargó de su hijo, y en tiempo oportuno se comprometió á que volviese al poder de su madre.

Se arregló todo bien; proporcionósele á la jóven algun dinero, y aquella misma noche salió sin ninguna dificultad de la villa, pero sí con grandes prevenciones por parte de los que dirigian su evasión.

¿Cómo es que Emilia no encontró ningun inconveniente estando acusada hacia tantas horas por un delito como el que habia comunicado D. Estéban al inspector general de la provincia? ¿Cómo así? ¿Cuál era la causa de semejante descuido?

Todo lo sabremos.

Es lo cierto, que ninguno de los dependientes de Roberto tuvo orden alguna de arrestar á Emilia; pudiera esta haber salido con la frente levantada sin necesidad de disfraz alguno y con su hijo en los brazos, pues ni la menor vigilancia habia; ningun obstáculo absolutamente encontró aquella mujer al paso.

Dióse José María por muy satisfecho con el feliz resultado de la empresa.

Al dia siguiente, cuando ya Emilia debia estar en salvo, cuando ya el alcalde no temia nada, fué á ver al inspector; dijéronle los dependientes que nada sabian de él desde que salió de allí el dia anterior, y que aquello les extrañaba, pues era hombre sumamente celoso del cumplimiento de su deber. Sin embargo, dijo uno, asuntos del servicio deben ser los que le preocupan; es un hombre íntegro; no perderá el tiempo; eso lo aseguro yo á fe mia.

Ya José María fué entrando desde aquel instante en el de-

seo de averiguar qué era lo que á Roberto le habia impresionado tanto, y qué le hacia descuidar de aquella manera la vigilancia de la poblacion que le estaba encomendada, cuyo desempeño tanto se enorgullecia en cumplir al pié de la letra.

¿Qué era lo que le sucedia al exacto interpretador de las leyes? ¿Qué circunstancias extraordinarias estaria atravesando para no haberse acordado de Emilia, de aquella á quien sin duda se habia propuesto hacer víctima de sus rencores hácia los caidos, hácia los desgraciados? ¡Oh! muy grandes deberian ser; era, pues, necesario averiguarlos; por otra parte, José María sintió cierta satisfaccion profunda al ver que Emilia estaba ya libre, que la habia salvado de una nueva caida que podia haber sido muy peligrosa, puesto que era un asunto grave aquel de que la acusaban; además, le alegraba el ver ya en sus brazos á aquel niño á quien se prometia quererle como á un hijo, sin temor alguno con respecto á su porvenir, puesto que de su porvenir él y Rafaela se encargarian.

Tenia necesidad de correr al lado de su esposa y decirle:

—Ya tenemos con nosotros al niño de la viajera que nos impresionó tanto; ya tenemos un hijo, una criatura en quien depositar nuestro cariño.

Pero queria saber á qué atenerse con respecto á la actitud que Roberto tomara en el asunto de la acusacion de Emilia; le convenia saberlo para trazarse la línea de conducta que deberia seguir.

Una vez ya en el camino de obrar, queria hacerlo por completo.

Lo principal estaba logrado.

Sin embargo, era necesario volver á Somorrostro, no solo con la libertad de Emilia y el niño de aquella, sino tambien con la seguridad de que ningun obstáculo encontraria aquella desdichada madre en su camino, y de que ninguna amargura que él pudiera evitar habia de afligirla en adelante.

Una vez en la capital, decidió permanecer allí si era necesario dos ó tres dias, á fin de que las cosas quedaran bien; en una palabra, pretendia que el buen éxito fuese completo.

Por fin llegó á averiguar qué era lo que habia ocurrido cuando el diálogo entre el inspector y él fué cortado.

Sepamos lo que habia sucedido.

CAPITULO VIII.

Los primeros rayos del sol.

Dijimos al hablar de Estrella que desde hacia algun tiempo habia conocido la causa de las cavilaciones de su padre.

A medida que iba avanzando en el camino de la existencia, iba observando un método de vida bastante recogido por cierto; ya vimos que sus salidas eran desde entonces ménos frecuentes.

Sin embargo, por los dias en que los sucesos que últimamente relatamos tenian lugar, la jóven parecia haber olvidado aquel sistema que se habia propuesto seguir; volvió á sobreponerse á todas las consideraciones de conveniencia su génio libre, alegre y expansivo.

Estrella, como ya han supuesto nuestros lectores, habia empezado á amar.

¡Qué no se olvidará cuando el amor nos llena la mente! ¡Entonces se borra el recuerdo, se borra el horizonte del porvenir! ¿En qué detalle del camino que en el mundo recorremos hemos de fijarnos cuando hay en el punto de llegada á donde vamos caminando una antorcha que guía nuestros pasos, una llama que deslumbra nuestras pupilas?

La mente tiene un ideal y quiere realizarle; cuantos obstáculos á su paso se opongan serán inútiles; con cuantos in-

Sin embargo, era necesario volver á Somorrostro, no solo con la libertad de Emilia y el niño de aquella, sino tambien con la seguridad de que ningun obstáculo encontraria aquella desdichada madre en su camino, y de que ninguna amargura que él pudiera evitar habia de afligirla en adelante.

Una vez en la capital, decidió permanecer allí si era necesario dos ó tres dias, á fin de que las cosas quedaran bien; en una palabra, pretendia que el buen éxito fuese completo.

Por fin llegó á averiguar qué era lo que habia ocurrido cuando el diálogo entre el inspector y él fué cortado.

Sepamos lo que habia sucedido.

CAPITULO VIII.

—

Los primeros rayos del sol.

Dijimos al hablar de Estrella que desde hacia algun tiempo habia conocido la causa de las cavilaciones de su padre.

A medida que iba avanzando en el camino de la existencia, iba observando un método de vida bastante recogido por cierto; ya vimos que sus salidas eran desde entonces ménos frecuentes.

Sin embargo, por los dias en que los sucesos que últimamente relatamos tenian lugar, la jóven parecia haber olvidado aquel sistema que se habia propuesto seguir; volvió á sobreponerse á todas las consideraciones de conveniencia su génio libre, alegre y expansivo.

Estrella, como ya han supuesto nuestros lectores, habia empezado á amar.

¡Qué no se olvidará cuando el amor nos llena la mente! ¡Entonces se borra el recuerdo, se borra el horizonte del porvenir! ¿En qué detalle del camino que en el mundo recorreremos hemos de fijarnos cuando hay en el punto de llegada á donde vamos caminando una antorcha que guia nuestros pasos, una llama que deslumbra nuestras pupilas?

La mente tiene un ideal y quiere realizarle; cuantos obstáculos á su paso se opongan serán inútiles; con cuantos in-

convenientes se encuentre, con cuantas dificultades se luche, tanto mejor, más segura es la victoria; sucede entonces lo mismo que con esas hogueras que el viento quiere apagar, y en lugar de extinguirlas no hace más que avivar su fuego para que se levanten cada vez más potentes, cada vez más deslumbradoras.

Estrella divisaba en lontananza un resplandor celeste que embriagaba su vista; sentía latir su corazón al calor de aquel fuego; tenía deseos de volar libre por los espacios ilimitados á los rayos de aquel sol que con su divino resplandor iluminaba las plumas de sus alas... ¡ave cándida, que se lanzaba en pos de sus ilusiones sin volver la vista al pobre y oscuro mundo que dejaba abajo, sin pensar para nada á qué distancia quedaba la pobre rama del oscuro bosque que en un tiempo le sirvió de nido, en el que había aspirado por primera vez ese aroma que hechiza y había oído ese gorgojo que brota no se sabe de dónde, á cuyo compás la juventud palpita.

Había contemplado á sus pies esos verjeles que el amor presenta á la vista de los que empiezan á amar, y quería cruzar por ellos; ¿por qué no dirigir por entre aquellas dichas encantadoras su vuelo? ¿Por qué no gozar de todo el encanto que aquel paraíso le ofrecía?

Estrella estaba loca con su amor; era la primera vez que semejante sentimiento aleteaba en su pecho; era la primera vez que aquel fuego sagrado ardía en su corazón.

Como había pasado toda la adolescencia sin pensar apenas en semejante cosa, cuando aquella ignición se manifestó fué ya con un vuelo extraordinario, de una manera invencible; todas aquellas fuerzas que no se habían gastado inútil-

mente obraron á un tiempo, haciendo que el volcán de su pasión fuera formidable.

Había un nombre que resonaba siempre en sus oídos; había una imagen que presidía sus sueños; había una figura que creía ver á todas horas delante de sus ojos.

¿De quién era aquel nombre, de quién era aquella imagen, de quién era aquella figura?

¡Ah! Su ideal era Julio; parecía un hombre diferente á todos los demás; mejor dicho, para ella aquel no era hombre; era el ser que Dios había creado para que ella le amase y para que la amase á ella; lo demás del mundo se disfumaba en una vaga confusión.

En un lado y otro no veía más que amor; no comprendía que en el corazón de los hombres pudiera haber otra cosa.

Veía abrirse las puertas de un edén con el que no había soñado nunca, razón de más para que la impresión que en ella hiciera tal espectáculo fuese más grande.

Se acordó de haber oído alguna vez que el hombre nace para amar y que el amor es la dicha del mundo, y allá en su interior daba la razón á los que tal cosa afirmaban, y comprendía que habían estado en lo cierto; ella sentía lo mismo.

Desde entonces ya no fué tan provocadora con los muchachos de su edad que hasta hacía poco tiempo habían sido sus compañeros, y de quienes se burlaba con frecuencia...

Ya no la encontraban sus amigas tan chistosa, de tan buen humor como otras veces.

Ya no brillaba en su rostro aquella despreocupación, aquella sonrisa perpétua que antes mostraba; todo aquello pasó, por más que de su semblante no desapareciese jamás un

gesto risueño, una expresión casi infantil, en la que su inocencia y su gracia se mezclaban.

Como ya dijimos, comenzó á variar el método de vida á que desde hacia algun tiempo se habia entregado con motivo de la amargura con que su padre recibia todas las noticias de que su hija iba á tal ó cual diversion y parecia hermosa á las gentes. Muchas de las cosas que á cualquier padre hubieran alegrado, como por ejemplo:

Que habia sido la que más habia llamado la atención la noche anterior en el paseo del Arenal;

Que era la jóven de moda;

Que se llevaba en pos de sí mayor número de miradas que ninguna otra de sus compañeras;

Que el vestido que habia estrenado habia sido la envidia de todas las de su edad;

Que Fulano ó Zutano morian de amor por ella y que se considerarían dichosos con lograr su mano, no su mano, con lograr una dulce palabra suya...

Todo esto le hacia sufrir á él.

Fué olvidando Estrella su recogimiento.

No volvió á acordarse de las promesas que habia hecho de no salir de su casa más que en los casos necesarios.

Se encontraba feliz bullendo en todas partes, acudiendo á todos los sitios donde la gente se reunia, brillando en el paseo, y sobre todo dirigiendo sus hermosas pupilas hácia las de un jóven alto, gracioso y de buena figura, llamado Julio, que al pasar junto á ella pronunciaba siempre algunas palabras por lo bajo, frases que ninguno entendia, que solo percibia aquella á quien iban dirigidas.

Ya tenia, por decirlo así, divididas todas las horas del dia, de modo que á cada una de ellas pudiera ver á aquel jóven; sabia con seguridad desde que por la mañana dejaba el lecho que á tal hora encontraria á su amante en la iglesia; que á tal hora le encontraria en el camino de Deusto al volver á su casa; que á tal hora le veria desde la ventana de su cuarto; que á tal hora hablaria con él en tal ó cual cenador del jardin, mientras su padre desempeñaba las funciones de su inspección; que al caer la tarde habia de encontrarse con Julio en el Arenal; que al empezar á cerrar la noche volveria á encontrarle en el campo Volantin. En fin, todo cuanto hacia, todo cuanto pensaba era para aquel jóven, que la habia absorbido todo el sentimiento de su corazón, todo el aliento de su alma; era una esclavitud dulce y agradable, pero una esclavitud parecida á la del ave en el aire, fuera del cual no podria vivir; á la del pez en el agua, fuera de la cual tampoco seguiria existiendo; de modo que era una esclavitud necesaria.

Al mismo tiempo que le quitaba la libertad para todo, le daba la vida.

No acertaba á explicarse cómo habia estado viviendo tanto tiempo sin conocer aquel sentimiento celestial que elevaba su alma; cómo habia vivido tanto tiempo sin remontar por los espacios de la vida aquellas alas de su espíritu hasta entonces abatidas, ó mejor dicho ignoradas.

Creíase la criatura más feliz del mundo.

Entonces comprendió lo que habia leído en algunos libros con respecto al amor.

—Es verdad, se decia; el amor es la dicha del mundo; sin el amor no hay vida posible; el corazón á quien el amor se

le acaba, es lo mismo que el árbol al que se le acaba la sávia; ¿para qué seguirá existiendo? Todo cuanto se haga en adelante no será nada más que para prolongar su agonía.

Hubiera asegurado estas cosas con la mayor formalidad ante las amigas íntimas de quienes tanto se había reído con motivo de sus amores.

Acusábase de haber sido demasiado burlona en tales asuntos, de haberse complacido en herir á unas y á otras porque amaban, cuando ella estaba amando con más intensidad que ninguna acaso de las que había conocido.

Juró no volver á reirse nunca de un enamorado por ridículo que le pareciese; es más, hasta llegó á parecerle criminal la conducta que había observado durante algún tiempo; pero se disculpaba con aquello de «era yo entonces una niña; ahora soy una mujer y comprendo lo que son estas cosas.»

El día que José María estaba sosteniendo con el inspector el diálogo que ya hemos leído, era día de fiesta; como vimos, aquel acontecimiento tenía lugar en las primeras horas de la mañana.

Después de la misa, el ama de llaves que Roberto tenía en su casa al cuidado de Estrella tuvo que comprar algunas frioleras, y al salir de la iglesia se dirigieron precisamente por las calles contiguas á la inspección.

Ya había observado la vieja ama de llaves que Estrella se hallaba bastante inquieta, volvía sin cesar la cabeza á un lado y á otro, y como estuviese un poco enterada aquella buena señora de cuanto en el corazón de la joven sucedía, se explicó en seguida el motivo.

Notó por fin que el joven que con Estrella había cruzado en el templo miradas misteriosas y llenas de pasión iba si-

guiéndolas, y que Estrella le miraba también al joven; aquello la irritó por dos razones; primera, por el papel que iba representando, pues no habiendo sabido nunca lo que era el amor, sentía que otro lo gozase.

Muchos de los que se complacen en servir de obstáculo para que la felicidad de dos seres que se aman se realice, lo hacen impulsados por este móvil, por el del despecho, que llega por fin á resolverse en envidia.

Llamábase el ama de llaves de la casa de Roberto la señora Mercedes.

Nunca fué hermosa ni mucho ménos.

Pasó toda su juventud al lado de una condesa anciana y enferma, que la dejó á su muerte unos cuantos miles de reales en agradecimiento de los cuidados que la había prestado.

Cuando ya fué siendo mujer, fué de ama á casa de un cura, tío suyo, que vivía en Tolosa; allí estuvo bastante tiempo.

Una vez muerto su tío, parece que sintió por ella algún amor un sacristán; pero ¡oh dolor! cuando iban á celebrar el santo enlace resultó que el sacristán, á quien se había estado creyendo viudo durante algún tiempo, se vió que estaba aun casado en un pueblo de Navarra, donde fué en otra ocasión monaguillo.

Aquel desengaño recibido la hizo á la señora Mercedes decidirse á no amar nunca, y se dió el parabién por no haber amado á aquel que iba á casarse con ella.

Con algunos miles de reales que había ido guardando de sus ganancias, puso casa de huéspedes en Vitoria, y durante algún tiempo parece que fué arreglándose bien; pues teniendo relaciones con casi todos los curas de la provincia, era á

le acaba, es lo mismo que el árbol al que se le acaba la sávia; ¿para qué seguirá existiendo? Todo cuanto se haga en adelante no será nada más que para prolongar su agonía.

Hubiera asegurado estas cosas con la mayor formalidad ante las amigas íntimas de quienes tanto se había reído con motivo de sus amores.

Acusábase de haber sido demasiado burlesca en tales asuntos, de haberse complacido en herir á unas y á otras porque amaban, cuando ella estaba amando con más intensidad que ninguna acaso de las que había conocido.

Juró no volver á reírse nunca de un enamorado por ridículo que le pareciese; es más, hasta llegó á parecerle criminal la conducta que había observado durante algún tiempo; pero se disculpaba con aquello de «era yo entonces una niña; ahora soy una mujer y comprendo lo que son estas cosas.»

El día que José María estaba sosteniendo con el inspector el diálogo que ya hemos leído, era día de fiesta; como vimos, aquel acontecimiento tenía lugar en las primeras horas de la mañana.

Después de la misa, el ama de llaves que Roberto tenía en su casa al cuidado de Estrella tuvo que comprar algunas frioleras, y al salir de la iglesia se dirigieron precisamente por las calles contiguas á la inspección.

Ya había observado la vieja ama de llaves que Estrella se hallaba bastante inquieta, volvía sin cesar la cabeza á un lado y á otro, y como estuviese un poco enterada aquella buena señora de cuanto en el corazón de la joven sucedía, se explicó en seguida el motivo.

Notó por fin que el joven que con Estrella había cruzado en el templo miradas misteriosas y llenas de pasión iba si-

guiéndolas, y que Estrella le miraba también al joven; aquello la irritó por dos razones; primera, por el papel que iba representando, pues no habiendo sabido nunca lo que era el amor, sentía que otro lo gozase.

Muchos de los que se complacen en servir de obstáculo para que la felicidad de dos seres que se aman se realice, lo hacen impulsados por este móvil, por el del despecho, que llega por fin á resolverse en envidia.

Llamábase el ama de llaves de la casa de Roberto la señora Mercedes.

Nunca fué hermosa ni mucho menos.

Pasó toda su juventud al lado de una condesa anciana y enferma, que la dejó á su muerte unos cuantos miles de reales en agradecimiento de los cuidados que la había prestado.

Cuando ya fué siendo mujer, fué de ama á casa de un cura, tío suyo, que vivía en Tolosa; allí estuvo bastante tiempo.

Una vez muerto su tío, parece que sintió por ella algún amor un sacristán; pero ¡oh dolor! cuando iban á celebrar el santo enlace resultó que el sacristán, á quien se había estado creyendo viudo durante algún tiempo, se vió que estaba aun casado en un pueblo de Navarra, donde fué en otra ocasión monaguillo.

Aquel desengaño recibido la hizo á la señora Mercedes decidirse á no amar nunca, y se dió el parabién por no haber amado á aquel que iba á casarse con ella.

Con algunos miles de reales que había ido guardando de sus ganancias, puso casa de huéspedes en Vitoria, y durante algún tiempo parece que fué arreglándose bien; pues teniendo relaciones con casi todos los curas de la provincia, era á

casa de la señora Mercedes á donde todos iban á parar cuando algun asunto les llamaba á la capital de Alava.

Casi siempre tenia en su casa á tres ó cuatro curas, que, aunque poco, dábanle á ganar algo.

Pero como no hay nada que no acabe, la fama de la casa de la señora Mercedes fué perdiéndose; pues segun decian los clérigos, la señora se iba haciendo avara.

Llegó el caso de tener que levantar el campo de Vitoria y buscarse un nuevo género de vida.

Presentósele entonces la ocasion de ir á casa de Roberto, y la aceptó.

Hé ahí á grandes rasgos la historia de aquella buena señora.

Profesaba unas doctrinas muy sanas y muy sensatas.

Sostenia con mucha formalidad que el amor era la perdicion de la juventud, que levantaba de cascos á las jóvenes y las hacia perder el juicio, que era el camino más pendiente para caer al abismo de la condenacion eterna; sostenia que la jóven que fijase su mirada en un hombre sin turbarse era una cosa execrable.

Aconsejaba á Estrella para que no fuese de un carácter tan libre.

Sostenia que la mujer debia, por más que no lo sintiese, aparentar á todas horas rubor ante cualquiera; la ciencia de toda jóven que reducía á ponerse colorada y mirar al suelo cuando llegaba el caso; como, por ejemplo, al escuchar algun requiebro, al oír hablar del amor ó de ciertas cosas profanas de la vida.

En fin, á pesar de que Estrella tenia una clara penetracion y de que la señora Mercedes no tenia en la casa gran

confianza con motivo del puesto que estaba desempeñando, á pesar de todo eso, habia entre las dos un ódio latente; ambas se comprendian, y por más que la situacion en que se encontrase no fuese del todo franca, momentos llegaban en que la señora Mercedes casi perdía la pacencia y se disponía á contar al inspector ciertas cosas de su hija; por otra parte, aquella señora tenia cierto temor de hablar á Roberto de Estrella, porque comprendía de que con ella era con quien tenia que alternar mucho más que con el inspector, y porque no se le ocultaba que algun misterio habia entre padre é hija, donde tenian su origen las cavilaciones á que se entregaba Roberto: además abrigaba la seguridad de que siendo Estrella una chica despejada, fácilmente buscaría un resorte para hacerla saltar de allí si se oponía á alguno de sus planes ó caprichos; de modo que en medio de tal sentimiento, y con la mayor repugnancia por parte suya, la señora Mercedes callaba y aguantaba aquel día; sin embargo, iba más enfadada que nunca.

La jóven, que habia conocido su enfado, no hizo gran caso de él y siguió lanzando á Julio cuantas miradas quiso; es más, se complacia en estar á cada minuto volviendo la cabeza.

Como Estrella fuera conocida de todo Bilbao á causa de su hermosura y tuviese fama de no corresponder á ninguno de cuantos se la habian acercado hablándola de amores, por eso chocaba más aquel modo de corresponder que tenia á las miradas de Julio.

En las calles habia bastante gente. Estrella de nada se cuidaba; le importaba bien poco que se apercibieran de lo que hacia.

En esta actitud los vió pasar Roberto desde la inspeccion, y sin poder contenerse echó á correr como hemos visto.

Las sospechas que abrigaba hiciéronle reparar más que otras veces en su hija; además, le extrañaba verlas pasar por aquella calle; habíale llamado tambien la atencion cuán encendido iba el rostro de la señora Mercedes y cuán distraida caminaba Estrella.

Por fin vió pasar rozando con la misma reja de su despacho á Julio, que lanzaba á su amada una sonrisa.

Vínole á la imaginacion en seguida el recuerdo de la noche anterior, de los pasos que se oyeron en el jardin, de la sombra que desapareció repentina, de la agitacion de su hija, del lecho vacío, de la hermosa luna que brillaba, de la tranquilidad del jardin, de la noche serena, de la contestacion que dió Estrella á sus preguntas, de las albahacas que habia ido á regar; en fin, todo en conjunto cuanto formaba su desesperacion y su agonía refluó á su mente, abismándole en medio de la más grande y espantosa confusion.

Fué siguiéndoles, procurando no ser visto por su hija ni por Julio, y observando detalle por detalle todo cuanto ocurría.

Fué reparando en que la gente se fijaba en Estrella.

Se aseguró ya del enojo de la señora Mercedes y de la completa distraccion de su hija.

Pudo ver, sin ningun lugar á duda, las sonrisas que entre los dos jóvenes, de acera á acera, se dirigian y las miradas con que se correspondian el uno al otro.

Cuando vió sonreír á Estrella, recordó las sonrisas que á él le habia dirigido otras veces, y ¡cuánta amargura no inundó su corazon al compararlas con la que á Julio habia dirigi-

do! Valia esta mucho más que todas aquellas; en ménos palabras, amaba á aquel joven más que á su padre; habíase borrado todo el cariño que debiera tenerle á él, á Roberto.

Penso en que era muy desgraciado, en que se habian realizado sus temores; y ¡cuáles habian sido sus temores? ¡Que Estrella quisiese á alguno!

¿Para qué más tormento para él? ¿Para quién vivía él sino para Estrella? ¿A qué habia de arrastrar por el mundo el fardo inútil de su cuerpo sino para cansarse y para de vez en cuando suspirar rendido?

Ya se habia concluido todo; ya se habia borrado aquel cielo que algun dia le consolaba en medio de sus aflicciones; habíase eclipsado aquella aurora que le daba ánimos para seguir viviendo y le prometia un dia brillante y un ocaso tranquilo; todo aquel encanto, todas aquellas esperanzas, todas aquellas ilusiones habian quedado convertidas en humo vano que se lleva la débil brisa.

¡Pobre Roberto! Cuanto más dulce era la expresion del rostro de su hija, más amargas eran aquellas gotas de hiel que iban cayendo en su corazon y traspasándole.

Hubiera querido cerrar los ojos y arrojarse á la ría que estaba al lado; hubiera querido retroceder y olvidar á aquella hija que le asesinaba...

Casi lloró por no tener poder suficiente para exterminar toda la cantidad de amor que sobre el mundo existía.

Comprendió que lo que el destino estaba haciendo con él era una infamia.

¿Pero qué partido habia de tomar?

No habia más que resignarse; ¡resignarse! No pensaba el inspector en semejante cosa.

¿Cómo resignarse cuando le arrebatában su consuelo, casi su felicidad, cuando comprendía que al lado de Estrella hubiera podido ser feliz?

Se imaginó que podía haber un día en que su hija le dijera:

—Padre, yo me caso; quiero que este sea mi esposo, y le abandonase á él.

Al pensar así, en medio de todo, sentía cierta satisfacción; agradábase ocupar la mente en aquel pensamiento; conoció que era cruel, pero que era el ménos cruel que podía tener.

Mas volvía á acordarse del jardín, de la evasiva de Estrella, y comprendía que su desgracia, si no era cierta, ya estaba muy cercana; que no había medio de conjurar aquella tormenta; que Estrella se le iba; que se quedaba solo con sus rencores, y su hija se alejaba con su juventud y con su sonrisa alegre y dichosa.

Sintió impulsos de avanzar y confundir á aquel amante afortunado, pero no se creía con derecho para ello, puesto que su hija le amaba.

Siempre que miraba hácia Estrella lo hacía con cierto respeto: ni una sola vez se le ocurrió hacerla daño; la muerte de aquel jóven la haría daño sin duda, y solo esta idea le detenía.

Parecíale que desde que Estrella le miraba, para él era sagrado y que nada podía hacerle; sucedíale lo mismo que á aquel á quien abofetean, y cuando quiere defenderse ó vengarse se encuentra con las manos atadas.

En medio de todo, procuraba no ser visto; se ocultaba como si fuese él el amante y Julio el padre de Estrella, que

tenía sobre ella toda clase de derechos; hubiera dicho cualquiera que Estrella no le pertenecía.

Una de las veces que la jóven miró hácia atrás tropezaron sus ojos con los del inspector.

Entonces en su rostro verificóse una transformación profunda, que revelaba lo que se había efectuado en su espíritu.

Roberto tuvo un disgusto en ser visto por su hija; pues indudablemente aquella, al reparar en la actitud en que su padre iba, debió comprender todos los pensamientos que dentro de él se agitaban; una de las cosas que más le dolían era que Estrella se enterase de ciertos pensamientos que tenía; no quería hablarla una palabra de semejante asunto, y su hija le había puesto entonces en un compromiso.

La jóven, en su turbación, al encontrarse con la mirada de su padre no supo qué hacer; no había para qué dudar que el inspector se había enterado de todo; así pues, ¿qué partido tomar? ¿Había la jóven de declarar á su padre el amor que sentía, ó había de seguir ocultándoselo? Ese era ya para Estrella el problema.

Julio nada notó de cuanto estaba pasando, y seguía tras la jóven sin cuidarse de que pudiera ser visto por alguno.

Al reparar Roberto en la tenacidad del jóven, se sintió lleno de cólera; su coraje iba aumentando por momentos.

Por fin pudo Estrella hacer comprender á Julio con una seña imperceptible que había quien iba siguiéndolos, y que por lo tanto no podía corresponder á sus miradas como hasta entonces lo había estado haciendo.

Miró Julio por uno y otro lado con objeto de ver quién era el que los perseguía, y se encontró con la mirada de Roberto, horrible, amenazadora, brotando fuego; se había posado

sobre él de una manera, que más bien que mirada parecía una bárbara amenaza.

Con aquella expresion dió Roberto á entender todo lo que estaba abrigando en su alma; sus penas, sus amarguras, sus indecisiones, su desesperacion. Julio lo comprendió así, y creyó lo más conveniente librarse de aquella mirada, ocultarse del mejor modo que pudiera, aunque no huir; lo hizo con serenidad, sin confundirse ni turbarse.

Por fin Roberto se acercó á su hija y se hablaron, sin darse él por entendido, de cualquiera cosa insignificante.

Una vez que llegaron á casa y la señora Mercedes habia hecho todos los encargos para que habia salido, quiso Roberto hablar del asunto á Estrella, pero no sabia en qué sentido hacerlo; así es que apenas movia el pié para ir donde ella estaba y comenzar á hablar de la cuestion, se detenia, no encontrándose con valor para hablar á su hija.

Llamó á la señora Mercedes.

Entre ambos medió este diálogo:

—¿Ha observado Vd. alguna cosa en Estrella?

La señora Mercedes no contestó una palabra.

—Qué, ¿está Vd. muda? volvió á insistir el inspector sin pérdida de tiempo, no gustándole mucho aquella pausa.

—Sí, he notado alguna cosa.

—¿Y qué es lo que ha notado Vd?

—Pues se me figura...

—Acabemos; nada de rodeos, dígame la verdad.

—Pues se me figura, iba diciéndole á Vd., que la niña está enamorada.

—¡Enamorada! ¿Y es ese el cuidado que Vd. tiene de mi hija? ¿Con qué objeto está Vd. en mi casa?

—Pues qué, señor inspector, ¿cree Vd. que hay guarda posible para impedir al amor la entrada en una casa, ni puerta capaz de estorbarle el paso? No sirven cerrojos, no sirven rejas, no sirven guardas; téngalo Vd. así entendido.

—Lo sé, y por eso no tomo otra resolucio; pero Vd. debió decirme algo desde la primera vez que lo notó, y así hubiera sabido yo qué hacer.

—No habia notado nada apenas; puedo asegurárselo, hasta que tambien lo ha notado Vd.

—¡Rara casualidad! ¡Siempre sucede lo mismo! ¿Y hácia quién es ese amor que Vd. ha empezado á notar?

—Hácia un jóven forastero, sin duda, pues no recuerdo que sea de esta poblacion, que desde hace dos ó tres dias nos encontramos en el paseo, en la calle, en todas partes.

—¿Y no traspasa las puertas de este edificio?

—¡Ah! eso de ninguna manera; ¿pues para qué estoy yo aquí?

—¿Y las del jardin?

—Tampoco.

—¡Tampoco! ¿Puede Vd. asegurármelo? Pero entéreme usted á qué altura está ese amor; ¿se hablan?

—No, no hacen más que mirarse.

—¿Podria Vd. jurarlo?

—¡Dios me libre! Tanto como jurarlo, eso no, que en este mundo, donde ménos se piensa...

—¿Puede Vd. asegurarme que no se han visto en el jardin?

—Eso sí que se lo aseguro; tengo yo guardada la llave de la verja todas las noches debajo de mi almohada, y de dia, ya ve Vd., ¿cómo habia de ser eso con la gente que cruza de un

lado para otro, y además mi vigilancia? ¡No dejo á Estrella de la mano!

—Muy confiada es Vd.

—¿Pues qué, teme Vd algo? ¡Válgame Dios, qué desconfianza!

—No descance Vd. un solo momento, y la menor novedad que note la pone en mi conocimiento en seguida; ¿lo ha oído Vd., señora Mercedes? Hoy me ocuparé en buscar un desenlace...

—Puede Vd. estar tranquilo.

—Vd. es quien no debe estarlo.

Después de haber tenido esta corta conversacion con el ama de llaves, casi sintió Roberto haber dado aquel paso; hubiera querido preguntar más, enterarse más, indagar algun hecho cierto; pero el recuerdo de las pisadas que la noche anterior habia oído en el jardin y de las disculpas de su hija y de su patente confusion, le detuvieron y no quiso ahondar más el asunto; bastante habíale dicho; tal vez demasiado.

Desde luego reconoció que aquello no podia quedar así, que era imposible vivir de aquel modo.

Se afligió como si le hubiera ya sucedido una gran desgracia; creía con seguridad en que una fatalidad estaba pesando sobre su cabeza.

Se decidió por fin después de tantas vacilaciones á convertirse en guardador exclusivamente de su casa; en atisbar, en observar cuanto sucedia y en deshacer en un caso dado entre sus manos á aquel osado jóven; eso era lo principal; librarse de aquel hombre á todo trance, ó bien cogiéndole dentro de su jardin, ó traspasando la tapia; en fin, contaba

con hacerle ingresar entre el número de los delincuentes, y ya con este motivo estaria bajo su jurisdiccion y podria hacer de él cuanto quisiera.

Creyó que lo más acertado era vengarse con la ley en la mano, y así su hija no podría echarle en cara ninguna cosa, reduciéndose todas las sospechas que ella pudiera tener solamente á vanas suposiciones. Así quedó determinado.

Conoció que ya el desempeño de su cargo le llamaba hácia Deusto y no hácia Bilbao.

Como necesitaba pensar en otras cosas porque estaba muy fatigado, y se acordara de que tenia pendiente el asunto de Emilia y además de que aun estaria aguardándole en la inspeccion el alcalde de Somorrostro, salió de su casa, no sin haber echado antes en el bolsillo de su gaban dos llaves, la de la casa y la del jardin; se dirigió en seguida á la inspeccion con la idea de volver muy pronto al sitio de donde ya poco tenia que separarse, aunque á la verdad conocia que lo conveniente era *no espantar la caza*, segun la expresion suya, pues el jóven en cuestion podia prevenirse y buscar medios para burlar la vigilancia del inspector.

Llegó Roberto á su despacho y se encontró con que José María se habia ido.

Miró la hora que era y vió que no podia menos de haberse marchado, pues en toda aquella operacion se habian pasado lo menos tres horas.

Empezó á enterarse de algunos asuntos, y al ver el oficio que de Emilia se ocupaba, lo cogió y se lo guardó, pero no dió á sus subalternos ningun aviso.

Parecia haber perdido todo aquel interés que antes tenia en reducir nuevamente á Emilia á prision.

Encontrándose en su despacho, le fué entregado un oficio del gobernador; rompió el sobre y lo leyó; vió que era su nombramiento de inspector para Madrid; es decir, la realizacion de sus sueños dorados.

¡Ah, qué ventura más grande! ¡Encontrarse cuando menos lo pensaba con una categoría como la que se le concedía por aquel nombramiento! ¡Y en qué situacion más propicia, cuando no sabía Roberto qué partido tomar con motivo de las circunstancias que en torno de él se habian formado!

¡Aquello fué darle, sin trabajarlo, el desenlace de aquel drama que estaba verificándose! ¡La solucion que le hacia falta con respecto á Estrella y con respecto á Emilia la tenia ya en la mano!

Una vez fuera de Bilbao, era muy posible que su hija, en perdiendo de vista á aquel amante, no volviera á acordarse de él, ó si se acordaba iria aquel amor extinguiéndose poco á poco como una luz con la que juega el viento; el viento de la ausencia acabaria por matar, soplo tras soplo, no una llama cualquiera, sino una gran hoguera que se levantase.

Una vez en Madrid ya estaba el problema resuelto, y mucho más procurando que no llegase á noticia de Julio el sitio adonde el inspector y su hija habian partido; y aunque llegase á conocer que se hallaban en Madrid, tambien seria difícilísimo que volviera á dar con ellos; en medio del gentío de la córte es muy frecuente pasarse años enteros sin ver á una persona, y por lo general cuanto más se la busca más parece que se oculta de nuestros ojos.

Del asunto de Emilia tambien Roberto se libraba, pues por más que en un principio no lo fué, ya iba siéndole por entonces embarazoso.

Primero, porque Emilia en su poder significaba la tentacion perpétua, el tormento eterno, la sed de Tántalo, despierto del letargo en que últimamente habia dormido...

Emilia libre significaba la ley quebrantada, y aquella idea no podia soportarla Roberto; eso de quebrantar la ley le parecia infame; ¡todo menos eso!

Salirse de la línea recta era faltar á sus deberes...

Por otra parte, aquel nuevo oficio de acusacion que acababa de recibir de Baracaldo, estando delante José María, ponía otra vez á Emilia en sus manos, y no ya solo en el derecho, sino en la obligacion de prenderla; así lo exigía el buen desempeño de sus funciones, así lo exigía la justicia, y mucho más siendo el robo de que era Emilia acusada por D. Estéban de mucha mayor importancia que el de don Adrian.

Además, era una reincidencia, y por lo tanto se hallaba el asunto revestido de circunstancias agravantes; pero estaba segurísimo Roberto de que una vez presa Emilia habian de volver en seguida sus inquietudes, y sobre todo su conciencia le dictaba que Emilia era inocente, que aquellas acusaciones no eran más que calumnias y que si era posible que la ley se equivocara, aquellas eran las circunstancias en que se equivocaba la ley.

De modo qué el tal nombramiento fué su salvacion.

Ya respiró tranquilo; ¡qué gran peso se quitó del alma!

Arregló las cosas de modo que Estrella no pudiera percibirse de lo que ocurría, y una vez todo bien preparado, dijo Roberto de repente:

—Esta tarde salimos de Bilbao. Esta tarde nos vamos.

Aquella noticia cayó como un rayo sobre la jóven, que se

quedó como helada al recibirla. Desde luego pensó en cómo pondría en conocimiento de Julio aquella novedad y empezó á discurrir sobre ello; pero las palabras que siguieron á *esta tarde nos vamos* fueron estas otras:

—Dentro de media hora saldremos de Bilbao.

—¡Media hora tan solo! ¿Y cómo va á arreglarse todo lo que para un viaje hace falta en tan poco tiempo?

—Está arreglado ya; y si no, registra la casa y lo verás; lo que únicamente falta es tu equipaje, y en media hora bien podemos hacerlo.

Estrella vió su camino cortado; comprendió que media hora no era suficiente para ponerlo en conocimiento de Julio; y además, ¿qué iba á decirle? ¿Sabía ella á dónde iba? ¿Se lo había dicho acaso el inspector?

—¿Y á dónde vamos? le preguntó Estrella.

—Eso ya lo veremos; ya lo sabrás, contestó Roberto.

—Pero ¿qué significa esto? dijo la jóven tratando ya de tomar una actitud determinada en aquel asunto, y con algunas alas, pues que conocía las indecisiones de su padre y el respeto con que la trataba.

—¡Nada! Que el gobierno me destina á otra provincia.

Roberto se sonrió, cosa que no hacía desde muchas horas antes.

Su sonrisa tuvo por motivo el daño que pensó el inspector que hacía en el corazón del jóven amante de Estrella; era, por decirlo así, la sonrisa que el vencedor dirige al vencido, con la cual le desprecia y le humilla al mismo tiempo.

.

Cuando al anochecer Julio se acercó á la casita de Deusto, vió que todas las ventanas estaban cerradas.

Por más que hizo la seña convenida con su amada, por más que llamó y buscó medios de introducirse, ni la jóven asomaba por ningun lado, ni era posible entrar.

Saltó al jardín por un sitio á propósito, por el que otras veces lo había hecho; pero la puerta que comunicaba del jardín al edificio estaba cerrada también; allí ya no había nadie.

Entonces exclamó con desesperacion:

—¡Oh, Estrella, Estrella! ¿Dónde estás?

CAPITULO IX.

La bofetada.

Julio no sabia qué partido tomar; no encontraba ningun rastro que le indicase el camino que Estrella habia seguido; no daba con ninguna cosa que le sirviese de norte.

Para nada se habia ocupado de quién era el padre de Estrella; reconoció que habia sido una torpeza no habérselo preguntado; pero no se figuró nunca que Estrella desapareciese de aquel modo.

Lo sintió, se llenó de improperios, se llamó torpe por semejante descuido; pero ya no habia nada que hacer; el único recurso que le quedaba era preguntar quién era aquella jóven, quién era aquel hombre que silencioso y pensativo entraba en la casa de Estrella, y á quien esta llamaba su padre.

¿Qué familia era la de la casa de Deusto? No tenia un dato siquiera en que poder fundar sus averiguaciones.

¿Qué hacer?

Lo lógico, puesto que Bilbao no es una poblacion tan grande como para no hallar en ella quien conociese á aquella familia, lo lógico, repetimos, debia ser informarse por medio de alguno de Bilbao de qué clase de familia era la que

ocupaba aquella casa; una vez sabiendo esto, era ya más fácil dar con Estrella; ya habria quien dijese que habia ido á tal ó cual sitio, que se habia mudado de habitacion, ó que se habia ido de allí, si el punto á donde se habia dirigido estaba cerca ó lejos; en fin, podria encontrar una luz que le ayudase en sus investigaciones. Decidió alejarse de la casa, puesto que estaba por completo abandonada y nada podia esperar ya de seguir en aquel sitio.

Dirigió sus pasos hácia el Arenal con objeto de indagar todos aquellos datos que le hacian falta, y con quien primero se encontró fué con Alfonso.

—¡Qué inmutado estás! dijo Alfonso al ver á su amigo.

—Tengo motivos para ello.

—¿Motivos? Habla.

—Sí.

—¡Vamos! ¡Cuéntame qué es lo que te ocurre! Has reñido con tu amada, ¿no es eso?

—No; la cosa más original que puedes imaginarte.

—¡Sepámoslo! ¡No me tengas impaciente!

—Bien; pues has de saber que esta tarde he acudido á la cita de costumbre; ya no hay nadie allí; han volado como por encanto; yo no sé qué es esto, y luego da la fatal casualidad que ni sabia yo quién era su padre. Qué misterio es este? No acabo de comprenderlo. ¡Sin despedirse, sin advertirme de nada, sin decirme adios siquiera! ¡Ah, ingrata! Pero no tengo razon para condenarla; acaso no habrá tenido ocasion de ponerlo en mi conocimiento.

—Vamos, ya voy enterándome del asunto; por lo visto su padre lo ha sabido y no le gusta mucho que seas el cortejo de su hija.

—Ahora es cuando la amo más que nunca; ¡oh, qué contrariedad tan impensada! ¡Quién había de suponer semejante cosa!

—No te apures, hombre; no es muy difícil averiguar quién era y á dónde ha ido; precisamente aquí se conoce todo el mundo; si estuviéramos en Madrid, entonces ya sería otra cosa.

—¿Cómo había de esperar un desengaño semejante!

—Yo tengo aquí un amigo que nos enterará de todas esas cosas.

—¿Esta misma noche podremos verle?

—Sí, te lo prometo. Me hallo en un caso parecido al tuyo, amigo Julio.

—¿Cuál?

—Con Emilia, aquella jóven á quien encontramos desmayada cerca de Somorrostro.

—Qué, ¿ha desaparecido también?

—No; pero no está en Bilbao.

—¿Pues dónde?

—A estas horas caminará hácia Madrid.

—¿Y cuál es la catástrofe de que me quieres hablar?

—No hay ninguna catástrofe; quiero decirte que ahora es también cuando amo más á esa jóven.

—¡Vamos, no digas bobadas!

—¿Bobadas? Pues qué, ¿no amas tú á la jóven de Deusto?

—Bien; pero es diferente.

—No comprendo que sea diferente.

—Sí, hombre, ¿no ha de serlo? No seas ridículo; la jóven que yo amo es una mujer honrada, y esa otra, ya ves, con un niño en brazos, poco ménos que una pordiosera, y

luego soltera como me has dicho; ¡vete atando cabos...!

—¡Oh! No la injuries; es desgraciada y nada más; yo haré todo cuanto pueda por ella; me sacrificaré si es necesario, porque veo la injusticia con que se la trata... ¡Pobre Emilia...!

Apenas Alfonso concluyó estas palabras, apareció entre ellos Heliodoro riéndose estrepitosamente, y exclamó con voz chillona:

—¿Con que enamorado de Emilia? ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Déjame que me ria! ¡Tú siempre has de hacer el mismo papel...!

Apenas pronunció Heliodoro estas palabras, en Alfonso se notó una trasformacion, y lanzándose éste sobre el recién llegado descargó en su rostro una bofetada.

LIBRO CUARTO.

LA MADRE DE LOS POBRES.

CAPITULO PRIMERO.

La casa-templo.

En una de las más espaciosas y cómodas casas de la calle Ancha de San Bernardo de Madrid vivia por entonces una señora de alguna edad, célebre en la córte, y sobre todo en aquel barrio que habitaba, por sus sentimientos caritativos, manifestados continuamente por medio de grandes limosnas y consuelos que daba á los menesterosos y á los desamparados.

Era una señora á quien todo el mundo respetaba.

Apenas habia nadie en Madrid que no la conociese.

Llamábasela por sobrenombre *la madre de los pobres*.

Vivia sola, en compañía de una doncella jóven y linda.

Ya hemos encontrado á dicha señora en el curso de nuestra historia; acuérdense nuestros lectores de la marquesa del Suspiro; á su doncella la hemos visto tambien; era Jacinta.

En la casa de la marquesa del Suspiro habia siempre un gran silencio.

Las habitaciones todas se hallaban á media luz; un no sé qué de sagrado brotaba de todas partes.

En todas las cosas, en todos los objetos habia algo misterioso; el mayor órden reinaba en ellos.

A aquella tranquilidad y á aquel sosiego uníase la mayor limpieza; seria imposible encontrar un átomo de polvo sobre el más escondido de los muebles ó en el más apartado de los rincones.

La marquesa habitaba toda la casa; mejor dicho, habitaba el piso principal; el bajo estaba deshabitado por completo, pues no queria alquilarlo.

Gozaba en vivir aislada, para huir de las miserias del mundo.

Respirábase en aquellas habitaciones una paz inefable.

Los balcones siempre estaban cerrados y echadas completamente todas las persianas.

Era un acontecimiento que uno de ellos se abriera, no siendo por las mañanas cuando los criados hacian la limpieza; pues conviene saber que no era solo Jacinta la servidora de la marquesa, sino que tenia además otros criados para mayor comodidad.

Tenia coche, y no usaba mucho de él; casi siempre andaba á pié aquella señora por las calles de Madrid; únicamente le mandaba preparar cuando tenia que ir á algun barrio extraviado á hacer una obra de caridad.

Encomiábanse por todas partes sus sentimientos caritativos y varias veces la elogiaron los periódicos.

El que hubiera osado decir la menor palabra injuriosa de

la marquesa hubiera pasado por un villano, por un infame, por un calumniador; era, por decirlo así, invulnerable: no podia pronunciarse su nombre sin veneracion.

Iba poco á las reuniones á que continuamente era invitada por la alta aristocracia, con la que solia alternar.

Dábale tal importancia aquel renombre de caritativa y de virtuosa, que se habia hecho, por decirlo así, el centro de gran número de las principales personas de la nobleza.

Creíanse sumamente honradas varias de las más distinguidas familias con ser visita de la marquesa del Suspiro.

Como hemos dicho, tenia cincuenta años; era de rostro afable y dulce, de maneras finas. Habia quedado viuda á los treinta y seis años, y jamás se dijo de ella que volviera á tener relaciones íntimas con ningun hombre.

No tuvo descendencia.

Tenia con ella su doncella gran confianza: contaba esta á su señora con la mayor sencillez todo cuanto ocurría.

En la conversacion con Jacinta era cuando más expansiva estaba aquella noble señora: entre una y otra no se cruzaba una palabra mal sonante; cuando tenian que hablar de algo que inspiraba repugnancia daban mil giros á la conversacion para no ofender los oídos de la que escuchaba.

Pero, como puede suponerse, esto era propiedad de Jacinta principalmente.

Era la marquesa una señora discreta y entendida; no rehuía ninguna conversacion con cualquier hombre que hablase, por ilustrado que este hombre fuera.

Habia leído bastante, y sobre todo tenia un gran sentido práctico y un gráfico conocimiento de la vida.

En ciertas ocasiones, aunque no era aficionada á entrar en

detalles, hablaba de las cosas sobre el primer aspecto que presentaban; no penetraba en el fondo de ellas.

Impresionábanle sobremanera las relaciones de escenas tristes ó dolorosas; más de una vez se la vió derramar lágrimas al relatar las desgracias de algún infeliz, de algún desdichado.

Las personas con que más se trataba era la condesa de Monte-Alto, presidenta honoraria de casi todas las sociedades benéficas de Madrid; el obispo de la diócesis y dos ó tres señoras más, que daban en sus casas brillantes reuniones, donde alternaba esta; despues que los concurrentes habían cenado con buenas ganas, sacábase en dichas *soirées* una bandejita de plata para que fueran depositando aquellos las cantidades que tuvieran á bien para los desgraciados y menesterosos. Aquel dinero pasaba en seguida á manos de la marquesa del Suspiro, y ella, que conocia todos los rincones y habitaciones de los desgraciados, de los hambrientos, iba en seguida á repartirlo entre aquellos mártires de la fortuna.

No iba á ningun otro sitio más que á las casas que hemos citado, á las iglesias y de tarde en tarde á algun paseo retirado; pero jamás tuvo abono á ningun teatro, y pareció rara vez por la Castellana.

Todas las mañanas en cuanto amanecía iba á oír misa á San Márcos y todas las tardes á las novenas y á las Cuarenta Horas. De noche no salia de casa; acostábase muy temprano.

Rara vez la campanilla de la puerta sonaba; parecia que aquella señora no necesitaba para nada del mundo, porque aunque ya hemos dicho tenia algunas visitas, estas visitas eran de tarde en tarde.

Todos cuantos objetos podian percibirse, lo mismo en la sala que en los gabinetes, que en cualquiera habitacion por donde se atravesase, parecian decir: *no me toques*.

Si habia necesidad de encender un candelabro ó de sacar un vaso de agua, parecia que aquel candelabro y aquel vaso salian de algun lugar oculto é inaccesible.

Desde que se entraba por la puerta se iba al sitio donde se habia de llegar sin levantar los ojos del suelo; nadie, por osado que fuese, hubiérase atrevido á mirar á un lado ó á otro. Lo mismo daba que las puertas estuviesen abiertas que cerradas; en todas partes parecia haber un velo que decia: *no mires*.

La temperatura que tenia aquella casa era una temperatura especial; lo mismo daba que en la calle hiciese frio que calor; allí siempre lo mismo.

Ni una puerta, ni una silla, nada formaba el menor ruido.

Todo parecia tener un valor mayor que el que realmente tenia.

Cierta virginidad estaba esparcida por todas partes y brillaba en toda aquella casa; parecia un templo.

Cualquier retrato hubiérase confundido con una imágen; cualquier armario, cualquier espejo hubiérase creído que era un altar.

Cuando se atravesaba varias salas y se encontraba al fin de ellas en un pequeño, elegante y sencillo gabinete y se hallaba allí á la marquesa, parecia que el corazon hallaba lo que le hacia falta; encontrábase lo que el pensamiento se habia figurado; una mujer que parecia no haberse manchado nunca con el cieno del mundo; con el rostro pálido y tranquilo; con la mirada serena.

Todas las palabras que se pronunciasen hacían eco; se sentía temor de fijar los piés en el suelo, pues parecía que al ruido de los pasos todos aquellos objetos dormidos deberían despertarse.

Los rayos oblicuos de luz que penetraban por las aberturas de las contraventanas hacían más misterioso, más mágico el aspecto de las habitaciones.

El reloj del gabinete, cuyo péndulo, girando perpétuamente sobre su eje, formaba un rumor pesado, continuo y monótono, hacía reparar más en el silencio que allí reinaba.

Nadie hubiera asegurado que el movimiento general de la tierra comprendía la casa de la marquesa; aquello se había excluido del dominio humano; estaba fuera de la naturaleza, y no sujeto á las leyes del movimiento físico.

Era difícil imaginarse que aquello hubiera existido de otro modo; que aquella señora hubiera sido alguna vez jóven; que en aquella casa hubiera habido alguna vez alegrías ó dolores; allí las pasiones humanas no llegaban, ni siquiera los rumores, pues las voces de la calle y el ruido de los carruajes percibíanse como si estuvieran muy lejanos.

El espesor de las paredes aislaba por completo á aquel edificio de la calle; bastaba penetrar allí para asegurar en seguida que allí no había juventud, que allí no había amarguras, que allí no había placeres, que allí no había inquietudes, que allí no había temores de ningún género.

Tenia algo de apocalíptico, algo de ideal: daba al mismo tiempo tranquilidad y miedo atravesar aquellos dinteles; bastaba ver una pieza para figurarse todas las demás.

Allí el reloj era quien lo dirigía todo.

Tal hora debería ser para ir á la iglesia; tal hora para

estar de vuelta; tal hora para almorzar, tal otra para salir de casa; tal otra para comer; tal otra hora para acostarse: parecía imposible que fuera de los instantes marcados pudiera hacerse alguna otra cosa.

Los adornos y los muebles no pertenecían ni á los de moda ni á los antiguos; no tenían época fija; allí no había huellas del tiempo; parecían nuevos, y se conocía que estaban allí desde hacía mucho.

No había estilo, no había gusto, y sin embargo todo era elocuente.

Era imposible fijarse en ningún detalle y se veía todo en seguida; bastaba tender la primera mirada.

Había algo de claustro, algo de celda y al mismo tiempo algo de palacio, pero de esto lo menos posible.

El sér que habitaba aquello no debía tener ninguna de las necesidades que tienen los demás seres que pueblan el mundo.

Las sillas estaban todas perfectamente colocadas; no había una que saliese media línea más que otra; las colgaduras, los portiers, todos iguales, levantados hasta el mismo sitio; podía haberse cogido un compás y se hubieran encontrado exactas todas las distancias.

Se veía en los candelabros algunas velas colocadas, y nadie hubiera pensado en que aquellas velas debían encenderse.

A nadie se le hubiera ocurrido al encontrarse allí sentarse en uno de aquellos sillones.

En todas partes hubiérase creído que estaba escrito: *no te acerques.*

Muchos de los que ponderaban las virtudes y la caridad

de la marquesa del Suspiro no estaban enterados de todos estos detalles de su casa; sin embargo, bastaba ver desde fuera aquel edificio para comprender lo que dentro habia.

Nadie podia formarse la idea de que algun sér profano penetrara allí.

Allí nadie debia murmurar, nadie se debia ocupar de las cosas exteriores por grandes y ruidosas que fueran; la vida allí dentro debia ser siempre la misma; los acontecimientos del mundo para nada debian influir en la existencia de aquellos séres allí retirados.

La atmósfera que rodeaba el edificio le ponía á cubierto de toda tentacion, de todo pensamiento, de toda intencion torcida.

Era verdaderamente inefable aquella paz.

Tranquilas estaban todas las conciencias de las personas que dentro habia; no se podia concebir de otra manera.

La marquesa solia estar siempre en su pequeño gabinete.

Como ya hemos dicho, para entrar en aquel gabinete era preciso atravesar la sala principal.

Esta era ancha y espaciosa y tenia tres balcones á la calle, de modo que siendo el edificio de construccion antigua y por lo tanto hallándose muy separados unos balcones de otros, la sala era vastísima.

Al otro lado de la sala, es decir, al opuesto en el que se encontraba el gabinete de la marquesa, habia otra habitacion con un balcon y una espaciosa alcoba, en la cual veíase un lecho con colgaduras blancas y colchas del mismo color, como la nieve.

Aquella habitacion estaba sin duda preparada para recibir á una vírgen.

Nadie debia haber entrado allí; ninguna planta profana habia tocado aquel suelo alfombrado, ni aquellas almohadas, ni aquellas colgaduras, ni aquel lecho; todo permanecia intacto, como aquel sér que sin duda habia de ocuparle.

En el gabinete habia un piano, y los adornos y los muebles todo revelaba que una jóven habia de ser la moradora de semejante sitio de la casa.

Siempre permanecian aquellas dos habitaciones cerradas.

Solo se movian las puertas al girar sobre sus goznes para dar entrada á los que debian limpiarlas y arreglarlas de vez en cuando.

A la puerta de la casa estaba á todas horas un criado, descansando en un ancho escaño de esos antiguos que aun suelen verse á las puertas de las casas de los grandes.

Este criado se llamaba Miguel; tendria unos cincuenta años; era alto y seco, nacido en uno de los pueblos de Vizcaya cercanos á Orduña.

Tenia completa confianza en él la señora marquesa.

Era un hombre honrado á toda prueba, y no descansaba con tal de tener bien vigilada la puerta.

Con los demás criados de más baja esfera apenas la señora tenia que rozarse, ni los veia nunca; reduciase, pues, su trato á Jacinta y á Miguel.

Apenas tenia ya familia aquella señora; sus padres habian muerto; con la familia del marido casi no tenia relacion alguna, y solo le quedaba una hermana.

Aquella hermana vivia en Castro-Urdiales y era la segunda; la marquesa era, por lo tanto, la mayor.

La hermana de la marquesa no era otra que la madre de Julio y de Carolina, á quien ya hemos visto antes de ahora.

Varias veces habian disputado entre la marquesa y su hermana á causa del deseo que aquella tenia de que Carolina fuese á pasar una temporada á Madrid, pero á la madre de Carolina no le gustaba mucho que esta saliese de su casa; era necesario que mediaran grandes compromisos y grandes empeños para que ella la permitiese ir á pasar una temporada á otra poblacion; sobre todo á Madrid le tenia miedo; mucho habian influido tambien para esta determinacion de la madre de Carolina los consejos de D. Leandro.

Quando vimos á la marquesa en Somorrostro iba con direccion á Castro-Urdiales, decidida á llevarse con ella á su sobrina Carolina.

Quando tuvo lugar aquel viaje misterioso hecho á la media noche, y la confesion de Carolina, que tanto dió que hablar en el pueblo, hallábase la marquesa allí.

Precisamente en aquella ocasion sucedia el choque entre Alfonso y Heliodoro en el paseo del Arenal de Bilbao.

Se desafiaron aquellos que durante algun tiempo habian sido amigos, aunque de una manera tirante, y quando el duelo iba á tener lugar llegó el asunto á oidos de la policia y no tuvieron ambos más remedio que huir el bulto; los dos desaparecieron de allí.

Julio habia percibido algun rumor en el que se mezclaba el nombre de su hermana.

En medio de todo, á pesar de que las doctrinas de Heliodoro le hacian tal impresion y le convencian tanto, era un buen hermano, tenia hácia Carolina un verdadero cariño.

Trasladóse á Castro-Urdiales inmediatamente con objeto de saber qué era lo que habia de aquello; pero absolutamente nada logró averiguar; aquel silencio le partia el corazon.

Es muy frecuente que cuando de público circula un rumor, quien ménos se apercibe de él es el interesado; así como el punto céntrico de una rueda es el que ménos percibe el movimiento de esta.

Aquel silencio le desesperaba; era la prueba más patente de que la murmuracion era cierta.

Sin embargo, á pesar de todo, Carolina y su madre llegaron á saber algo.

La marquesa de nada se apercibió absolutamente; pues siendo forastera, y hallándose allí por pocos dias, no tenia tantos medios de poder escuchar lo que de público se hablaba.

Aprovechó la familia el haber ido la marquesa con el empeño que ya conocemos de llevarse á Carolina, para que esta estuviese ausente de Castro por algun tiempo.

En efecto, la marquesa en aquel viaje logró su objeto; fuese con ella su sobrina.

Algun tiempo despues, es decir, en el mes de Setiembre, se apoderó de Julio una melancolía profunda, pensando en el suceso que affigia á su hermana.

Se debe notar que entre Carolina y Julio habia gran confianza, y le habia contado sin ocultarle nada todo el fundamento de las murmuraciones que sobre ella corrian de boca en boca; sin embargo, ni una palabra le habló de la visita misteriosa que tuvo en el jardin, de aquella escena que solo la luna y las estrellas presenciaron.

Por mucha franqueza que haya entre dos séres, siempre hay algo que se oculta. No se puede hablar de todo, por más que se pueda pensar en todo.

CAPITULO II.

Las leyes se hacen para ser quebrantadas.

A pesar de lo dicho, en aquella casa no era todo santidad y recogimiento; ya tenia la marquesa sospechas de Jacinta, cuyo carácter y cuyo génio conocia, para creer que quebrantaria cuanto pudiese las leyes que allí gobernaban, las costumbres puras que allí habia; sin embargo, jamás su pensamiento fué muy allá; la creyó una jóven ligera, alegre, y nada más; pero no hubiera dado oídos, aunque se lo hubieran asegurado, á cualquier rumor que tratara de la honra de la jóven; es más, ni aun de cualquier amorío.

Dentro de aquellas paredes no comprendia aquella señora que pudiera haber quien amase, quien se rindiese á las pasiones humanas; esto le parecia una debilidad; lo necesario era levantarse potente en medio de su empuje y vencerlas.

Sin embargo, Jacinta tenia una buena cualidad para agradar á su señora y para que esta no llegara á enterarse jamás de ciertas cosas; esta cualidad era la del fingimiento; la jóven doncella fingia admirablemente; siempre permanecia ante su señora con la cabeza baja, con un aire de humildad impreso en su rostro, con la vista fija en el suelo; cuando se atrevia á levantarla, enrojecíasele el semblante, turbá-

basele la vista; con semejante actitud estaba la marquesa satisfecha; no era suficiente más; ya podian decirle cualquiera cosa de su doncella, que no lo creia.

Sin embargo, notó de vez en cuando alguna discordancia en sus contestaciones, ó más claro, la cogió casi en delito; pero se lo perdonaba la señora en gracia á lo bien que salia del apuro una vez enredada en sus propias palabras.

Tenia para ello una seguridad pasmosa; no se turbaba la muchacha.

Aquello que era sin duda un refinamiento exquisito para fingir, muchas veces creia la señora que era inocencia, y eso que la marquesa era lista en extremo.

Necesitábase saber mucho para pegársela, como ella decia.

Sin embargo, Jacinta de nada se privaba en ningun sentido.

Ella lo arreglaba todo de modo que tenia horas para salir de casa sin que la señora se enterase, para coquetear á su gusto, pues era un poco coqueta, y se daba maña para recibir en casa, sin que Miguel se lo estorbara, ni ninguno de los demás criados se apercibieran, á un novio suyo.

Este novio se llamaba Colás y era pasante de una escuela; era jóven como su novia, pero habia una diferencia entre ambos, pues Jacinta era trabajadora y dispuesta, y aquel jóven llamaba poco la atencion de sus directores por su trabajo; antes bien, segun la expresion de estos, cada vez parecia que iba haciendo menos y era más indolente.

Gustábale, sin embargo, tener siempre una peseta en el bolsillo; más de una vez Jacinta le sacó de apuros dándole algunas pequeñas cantidades, pues, eso sí, nada le hizo falta